

LA ARQUEOLOGÍA DEL PAISAJE EN LA INVESTIGACIÓN PALEOLÍTICA

Fernando Diez Martín

*Departamento de Prehistoria y Arqueología
Universidad de Valladolid*

Resumen: *Este trabajo presenta una reflexión sobre cuáles son las principales características y limitaciones del registro paleolítico a la hora de abordar modelos de investigación relacionados con la arqueología del paisaje. Seguidamente se exponen críticamente los modelos utilizados en este tipo de aproximaciones.*

Abstract: *This paper reflects on the main characteristics and limits of the palaeolithic record in relation to the implementation of landscape archaeology models. A critical revision of the main approaches already used is also presented.*

1. ¿EXISTEN LOS PAISAJES PALEOLÍTICOS?

Es significativa la atención que han mostrado distintas ciencias sociales hacia los estudios destinados a profundizar en las conexiones que se establecen entre el ser humano y el espacio en el que éste se desenvuelve. El último se muestra ante nosotros como un escenario definitivamente humanizado, en tanto que es el continente de nuestro periplo evolutivo, en el que podemos observar las improntas de nuestra compleja trama cultural y social. A la sombra de lo que podría aparecer a simple vista como una vocación exclusiva de la ciencia geográfica, el espacio se ha convertido también en un foco de atención de primer orden para la arqueología, que lo identifica como un componente más del registro, al servicio del estudio de los distintos procesos de adaptación y cambio socio-cultural, tecnológico y cognitivo de los grupos humanos del pasado. Algunos arqueólogos han llegado a proponer, incluso, que las inferencias provenientes de las implicaciones espaciales del registro, a sus diferentes escalas, constituyen el objetivo primordial de nuestra disciplina (Clarke, 1977).

Este trabajo se interesa primordialmente por lo que Clarke (*ibid.*; 11-15) identifica como el nivel macro de la investigación espacial en arqueología, esto es, las interrelaciones que se establecen entre los vestigios del pasado y las variables espacial (el territorio) y temporal a escala regional que, en nuestro caso, se circunscriben a las sociedades cazadoras-recolectoras paleolíticas. El nivel semi-

micro, que se interesa por el entorno inmediato de los yacimientos, cuenta con algunos componentes analíticos que, en gran medida, se acercan al estudio regional. Hablar de territorialidad y Paleolítico implica, cuando menos, sendos debates terminológico y epistemológico. Respecto al primero de ellos, no escasean los autores que consideran que el análisis regional aplicado a las sociedades cazadoras-recolectoras prehistóricas debe ser identificado exclusivamente con los conceptos de arqueología espacial nacidos al amparo de la Nueva Arqueología, más vinculados con la mera puesta en práctica de determinados métodos analíticos y estadísticos destinados a desentrañar las variables y relaciones espaciales y medio-ambientales del registro arqueológico. Esta denominación podría parecer mucho más ajustada (más aséptica o neutral, si se quiere) que la de arqueología del paisaje (Orejas, 1995a: 216).

El concepto de paisaje implica la asociación de dos elementos, el espacio y la percepción (Burel y Baudry, 2002: 41). Éste empezó a asociarse con la arqueología en el marco de la investigación histórica británica, preferentemente sobre la ordenación regional durante la Edad Media (Orejas, 1995b: 44) y después se ha vinculado casi exclusivamente con los estudios de corte simbólico y contextual de las corrientes post-procesuales (García, 2005: 240). El paisaje se percibe como una abstracción genuinamente cultural (Criado, 1999: 6), a menudo producto de la identificación exclusiva con sociedades complejas, que implica una suerte de domesticación del entorno natural en función de sus necesidades económicas, sociales y simbólicas. Desde esta perspectiva, que aparentemente limita la idea de paisaje a un contexto muy determinado, podría resultar difícil sostener la existencia de un "paisaje" paleolítico, al menos en lo que respecta a las etapas anteriores a la aparición del *Homo sapiens*.

Recientemente, sin embargo, en el entorno de la investigación africanista, no son extraños los trabajos de campo que se identifican como ejemplos de arqueología del paisaje aplicados al estudio del comportamiento espacial de los primeros homínidos (Blumenschine y Masao, 1991; Domínguez-Rodrigo *et al.*, 2005; Rogers, 1997; Potts *et al.*, 1999). Estos investigadores equiparan, sin otras consideraciones, su estudio del comportamiento territorial con arqueología del paisaje, tal y como últimamente viene siendo habitual en arqueología (Orejas, 1995a: 216). Parece que, tras la aparición de algunos trabajos significativos (Ingold, 2005; Rockman y Steele, 2003), ha llegado ya el momento de que los paleolitistas asumamos tales conexiones semánticas sin complejos, puesto que el concepto de arqueología del paisaje es suficientemente difuso y amplio como para dar cabida al periodo paleolítico en su totalidad. Tal y como señala Ingold (2005: 60), *para los cazadores y recolectores, al igual que para nosotros, la vida se*

desarrolla en alianza, no en soledad, y es entonces cuando el mundo real deja al instante de ser naturaleza y se revela ante nosotros como un entorno para la gente, esto es, como paisaje.

El género *Homo* ha basado su experiencia evolutiva en su adaptación al medio y su transformación del mismo. Esa necesidad implícita puede interpretarse como una suerte de consciencia del entorno natural que es preciso humanizar para sobrevivir, en la línea de lo que señala Thomas (2001: 173), para quien el espacio es aprehendido (convertido en paisaje) desde el mismo momento en que es percibido. En este contexto podríamos hablar sin miedo de una suerte de paisaje paleolítico, la impronta en el espacio de los distintos estadios de adaptación ecológica, organización económica, desarrollo tecnológico y complejidad social. Ciertamente, la mayor parte de los debates relacionados con estos procesos en nuestro pasado más remoto (desde los que implican la mera especiación biológica hasta los inicios de la interacción social, por ejemplo) han tenido como escenario la interpretación de los pocos datos ofrecidos por el registro, vistos siempre a la luz de sus implicaciones territoriales y ambientales (Reed, 1997; Rose y Marshall, 1996). Así pues, la particularidad de los paisajes paleolíticos, respecto a los de sociedades más complejas, estibaría fundamentalmente en la adecuación de las técnicas y métodos a las características concretas del registro y a las peculiaridades propias de las sociedades de cazadores y recolectores.

La cuestión epistemológica, por su parte, se basa precisamente en la duda de que las mencionadas particularidades del registro paleolítico (muchas veces endeble, incompleto, inaprensible temporalmente desde nuestra percepción actual, y habitualmente condicionado por la acción de procesos post-sedimentarios severos) puedan ser una fuente fiable de inferencia sobre el comportamiento paisajístico, más allá de meras generalidades puramente descriptivas. Este aspecto constituye el verdadero nudo gordiano de la discusión sobre los estudios territoriales aplicados al Paleolítico e intentaremos aproximarnos a él (a través de la exposición crítica de las vías de investigación abiertas) a lo largo de las páginas siguientes.

2. TEORÍA ARQUEOLÓGICA Y TERRITORIO/PAISAJE.

El punto de partida: cómo se distribuyen las cosas

La Escuela de Viena, exponente etnográfico de las corrientes filosóficas del idealismo alemán, al igual que sus seguidores estadounidenses de la escuela historicista de la primera mitad del XX, estuvieron fuertemente influidas por las ideas difusionistas de transmisión cultural (a través de la teoría de las áreas culturales, en virtud de la cual los procesos de transformación se producían mediante la expansión de objetos, técnicas e ideas desde unas zonas nucleares hasta otras más lejanas). Estos planteamientos tuvieron eco en los arqueólogos, que comenzaron a preocuparse por el estudio del territorio y se sirvieron de un conjunto de instrumentos analíticos espaciales dirigidos a justificar la distribución de rasgos culturales, soporte básico de semejante marco explicativo. La utilización de los recursos cartográficos disponibles en el momento, asociados a la clasificación tipológica de los vestigios localizados en los yacimientos y a la distribución de determinados objetos y rasgos a lo largo del espacio, se convirtió en un instrumento eficaz para explicar los modelos expansivos de aculturación, identificar distintas áreas o regiones culturales (culturas arqueológicas) y su evolución a lo largo del espacio y del tiempo. El trabajo de Gordon Childe (que se centraba en el estudio del proceso de civilización a partir del foco originario del Próximo Oriente) constituye, probablemente, el ejemplo más significativo e influyente de las posiciones difusionistas en la arqueología de principios de siglo (Trigger, 1992: 161-166). El objeto de este tipo de aproximación, preocupada por establecer límites espacio-temporales (basados en el análisis de los restos recuperados en los yacimientos situados dentro de una región determinada y su comparación con marcos cronológicos conocidos), sigue teniendo una gran fuerza en las estrategias actuales de análisis espacial en arqueología (Aldenderfer, 1996: 6).

Muchos de los discípulos de la escuela historicista estadounidense auspiciada por Franz Boas, tuvieron en cuenta el concepto de adaptación ambiental, a través, entre otros, del geógrafo Friedrich Ratzel, máximo exponente del determinismo ambiental alemán de finales del siglo XIX. A partir de la década de 1940, coincidiendo con el abandono de las ideas difusionistas anteriormente vigentes y la revitalización del evolucionismo, los arqueólogos comenzaron a interesarse por las perspectivas de la ecología cultural (y la adaptación, como su concepto clave), a través de las influyentes aportaciones de Julian Steward (Adams, 2003: 82). Esta corriente de pensamiento sostenía que las características y peculiaridades de una cultura dada y de su evolución dependen intrínsecamente de su adaptación a los recursos propios de sus entornos inmediatos. El interés por el ecosistema comportaba también una preocupación preferencial por el territorio y por la forma

en la que los grupos humanos interactuaban con él. Los arqueólogos de mediados del siglo XX comenzaron a adoptar poco a poco estos conceptos en sus trabajos. Este es el caso de los británicos C. Fox y O.G.S. Crawford (pionero de la aplicación de la fotografía aérea al análisis territorial), quienes se sirvieron de mapas de distribución arqueológicos y ambientales para su estudio de los asentamientos prehistóricos y de la historia antigua en Gran Bretaña (Hodder y Orton, 1990: 12).

La revolución de la arqueología científica

Tras el nacimiento de la Arqueología del paisaje en la década de 1950, a través de la obra de Bradford (1980), la década de 1960 supone una verdadera revolución en los estudios espaciales en arqueología y, particularmente, en su aplicación al análisis territorial de las sociedades de cazadores-recolectores prehistóricos. Ciertamente, la mayor parte de técnicas y modelos de investigación aplicados al componente territorial de esos grupos beben directamente de las dinámicas propuestas surgidas entonces, y de otras corrientes anteriores, que se complementan a partir de las tradiciones norteamericana y europea. En estos momentos convergen tanto las perspectivas ecológico-cultural y funcionalista, la tradición de la *Field Archaeology* británica de los años cincuenta como los estudios cuantitativos prestados de la Nueva Geografía.

El "paradigma-revolución" de la Arqueología procesual surge con una eminente vocación cientifista y racionalista, que se apoya en los enunciados del neopositivismo lógico propuestos por el filósofo alemán Carl Hempel. Según esta perspectiva, la recogida de datos empíricos (observaciones arqueológicas) servirá para establecer leyes hipotéticas generales de carácter explicativo, independientes de las consideraciones históricas (Binford y Binford, 1968: 5-32). Los seguidores de esta arqueología científica se apoyan firmemente en los principios de la ecología cultural o ecología humana, inicialmente propuestas por Steward y retomada posteriormente, entre otras, en la obra de Karl Butzer (1989). La conocida definición de cultura enunciada por Leslie White (maestro de Lewis Binford en Chicago), "sistema extrasomático de adaptación, que es empleado en la integración de una sociedad con su ambiente y otros sistemas socioculturales" (Binford, 1965: 205), revela este vínculo ecosistémico y ambiental presente en las conocidas propuestas de un amplio conjunto de autores (referencias en García, 2005: 190-200). A través de la aplicación de los principios de la Teoría General de Sistemas (Bertalanffy, 1976) al campo de las ciencias sociales, los seguidores de la Nueva Arqueología asumen que el sistema cultural está compuesto por dos subsistemas básicos (Clarke, 1984), el puramente sociocultural y el ambiental, que interactúan

intensamente en el desarrollo y evolución de las culturas. En este marco, el estudio del territorio (como parte fundamental del subsistema ambiental) se convierte en un objetivo preferente. Los sistemas culturales (que ya no son definidos como grupos étnicos) son básicamente estables y el cambio se produce gracias a un proceso de retroalimentación entre distintos elementos (en su mayoría externos, de carácter ecológico y ambiental). La variabilidad en la estructura territorial, pues, constituye una respuesta funcional (minimización de costes/optimización de la eficacia en la obtención de recursos) destinada a procurar la estabilidad frente a los desafíos del cambio. Los arqueólogos, influidos por las nuevas corrientes cuantitativas de la geografía británica (Orejas, 1995b: 46, 51), dejarán de lado los estudios puramente descriptivos de corte espacial, y utilizarán toda una panoplia de recursos metodológicos matemáticos y estadísticos destinados a medir y calibrar objetivamente los procesos arqueológicos en estudio. Es en el marco de la Nueva Arqueología y de todos sus principios teórico-metodológicos donde se asientan tanto el modelo del Análisis de Captación de Recursos (ACR) como las propuestas incluidas bajo el epígrafe de la Arqueología espacial.

El ACR nace en el seno de la colaboración entre arqueólogos y geógrafos en la Universidad de Cambridge. Dicho procedimiento fue inicialmente aplicado al estudio del natufiense palestino (Higgs y Vita-Finzi, 1970) y del Paleolítico superior griego (Higgs *et al.*, 1967). Como se ha indicado (Davidson y Bayley, 1984: 25), el ACR constituye un conjunto de técnicas diversas, unificadas a través del estudio de la interacción que se establece entre un grupo humano y su entorno (el medio y sus recursos). Los objetivos fundamentales de estos modelos son (*ibid.*: 25-26): definir el área utilizada habitualmente por los moradores de un asentamiento para su subsistencia diaria (territorio de explotación); reconocer las áreas de procedencia de los recursos y materias primas cuyos restos aparecen depositados en los yacimientos (área de influencia); reconstruir los micro-ambientes que rodean los yacimientos; reconocer los recursos económicos disponibles para los habitantes del yacimiento; reconstruir la función específica de cada uno de los yacimientos y, finalmente, comprender las relaciones socioeconómicas que se establecen entre los distintos asentamientos, como subsistemas de un único sistema regional integrado. El marco teórico de partida de este modelo de trabajo (el establecimiento de las zonas de captación a partir de áreas radiales fijas) se fundamenta en algunos principios de la literatura etnográfica. Así, se asume la idea propuesta por Chisholm (1979: 108-109), que establece una distancia máxima igual a un radio máximo de 5 km., marco en el que los flujos económicos de una sociedad agrícola aislada serían rentables. Por otro lado, a partir de los estudios de Lee (1976: 84-91) sobre los bosquimanos !kung, se establece un radio de 10 km. como referente

espacial para las actividades subsistenciales de los grupos depredadores. Este modelo radial, excesivamente teórico, ha sido depurado mediante la consideración del condicionante topográfico a la hora de estimar la inversión real de tiempo en los desplazamientos (Davidson y Bailey, 1984: 30-31). Otro elemento básico en la aplicación del ACR está constituido por el análisis del tipo de recursos incluidos en el área de captación. Mientras que para las sociedades productoras las variables tenidas en cuenta son los usos potenciales del suelo, para los grupos cazadores y recolectores éstas se circunscriben a los rasgos geomorfológicos, el tipo de vegetación y de especies faunísticas presentes (Roper, 1979: 127-129). Aunque el ACR no representa una teoría específica de comportamiento, sí constituye una contribución parcial a ésta, en cuanto que analiza las variables tiempo/distancia en el desplazamiento humano (y, en consecuencia, los costes económicos que supone la obtención de recursos) y las pautas de cambio en el uso del paisaje.

La línea de investigación que inaugura lo que se dio en llamar la Arqueología espacial, entendida como una corriente paralela y casi simultánea a la aparición del ACR, surge desde una perspectiva distinta (de Carlos, 1992: 87) influida más directamente por la geografía cuantitativa planteada un decenio antes. Tal posición llegó a tomar forma a partir de la publicación de los trabajos de Hodder y Orton (1990) y Clarke (1977). Este último autor define la Arqueología espacial como *la recogida de información sobre las relaciones espaciales arqueológicas y el estudio de las consecuencias espaciales de las pautas de actividad de los homínidos precedentes, dentro y entre contextos y estructuras y su articulación en los yacimientos, sistemas de yacimientos y sus entornos ambientales* (ibid: 9). El prisma fundamental de la arqueología espacial está centrado en las relaciones hombre-hombre (frente al hombre-medio del ACR), sea cual sea la escala de análisis abordada. A pesar de que se han reconocido en los estudios de corte espacial un variado conjunto de aproximaciones "... *la arqueología del asentamiento, el análisis de los sistemas de yacimientos, los estudios regionales, el análisis territorial, el análisis locacional, estudios de áreas de captación, los mapas de distribución, estudios de densidad, análisis intra-yacimiento o de estructuras...*" (ibid: 1), se ha señalado (de Carlos, 1992: 87) que la mayor parte de estas parcelas de investigación podrían acomodarse en el marco del análisis locacional establecido en trabajos como los de Haggett (1976). Dentro de las aplicaciones utilizadas desde esta perspectiva podemos citar el modelo de vecino más próximo, los polígonos Thiessen, la teoría de lugar central y los modelos de Christaller, el modelo X-Tent o los límites y fronteras culturales (Hodder y Orton, 1990; García, 2005: 209-234). Este tipo de estudios teóricos de territorialidad tienen una aplicación nula o muy limitada en el estudio de las sociedades de cazadores y

recolectores del Paleolítico. Todos ellos parten de la extrapolación al campo arqueológico de procedimientos geográficos utilizados en el análisis de sociedades capitalistas y por tanto, solo pueden aplicarse (no sin dificultades y críticas) en momentos con pautas estables de jerarquización espacial y especialización económica, esto es, en sociedades preferentemente productoras y complejas.

Un caso bien distinto en el marco de los estudios macro-espaciales y de las corrientes procesuales, que merece una particular atención, es el de la línea *off-site* o arqueología distribucional. En ella se inscribe un conjunto diversificado de propuestas aplicadas preferentemente al estudio territorial de sociedades altamente móviles, con ejemplos que van desde el Paleolítico africano a los grupos depredadores de Norteamérica (Ebert, 1992; Foley, 1981; Isaac, 1981; Thomas, 1975). Los rasgos fundamentales que unifican este tipo de aproximaciones son los siguientes: - enfoque eminentemente regional, destinado a esclarecer la estructura arqueológica a escala macro-espacial y las interconexiones que se producen entre los vestigios documentados; - uso predominante del registro arqueológico reconocido en las superficies contemporáneas, sin por ello dejar de lado u obviar las secuencias estratigráficas disponibles. A pesar de este rasgo, la arqueología distribucional no debe entenderse como una mera estrategia de prospección, sino como una metodología consistente de reconocimiento espacial y territorial; - el artefacto, no el asentamiento, constituye la unidad básica de análisis, lo que subraya la dimensión continuada del espacio arqueológico, su valor unitario y, por tanto, el hecho de que las altas acumulaciones de artefactos (los yacimientos tradicionales) solo suponen anomalías en la uniformidad territorial; - la distribución de artefactos en el paisaje y la posterior interpretación se evalúan a través del parámetro densidad, esto es, las relaciones concentración/dispersión y presencia/ausencia de objetos arqueológicos en el espacio regional. Las pautas de desecho a lo largo del paisaje se entienden como un proceso acumulativo a lo largo de un tiempo determinado que indican los comportamientos de estructuración del espacio y de recurrencia de determinadas actividades (áreas preferenciales y áreas complementarias de actividad); - atención destacada a los factores post-deposicionales del registro que pueden haber condicionado o determinado las pautas de acumulación o dispersión observadas y, por tanto, las inferencias establecidas.

Después de la arqueología procesual: los símbolos del paisaje

La Nueva Arqueología había percibido el espacio como una dimensión neutra (constituida por las distintas variables físicas) en la que se superponía la actividad humana (cuantificada y definida a través de la aplicación de criterios científicos prestados de la geografía locacional). Desde la década de 1980, sin embargo, comienza a surgir una corriente de pensamiento que cuestiona abiertamente esta visión deshumanizada del espacio y critica el excesivo peso concedido a los condicionantes ambientales en el desarrollo cultural. Así, la perspectiva neoevolucionista de la ecología cultural (en la que el motor del cambio cultural es la adaptación al medio), reduciría la capacidad del ser humano a la mera reacción: aparentemente muy dinámica ante los estímulos externos, pero incapaz de utilizar sus propios recursos e inventiva de forma independiente. Por el contrario, los arqueólogos post-procesuales (cuyas ideas están perfectamente ejemplificadas en el trabajo referencial de Tilley, 1994) consideran que el paisaje constituye el resultado de toda la experiencia humana, en la que están presentes también los elementos cognitivos, emocionales, ideológicos y simbólicos de las sociedades que lo vivieron (García, 2005: 239-249). El medio ambiente deja de ser, pues, un mero contenedor de la peripecia adaptativa y pasa a ser un elemento con significado simbólico para los grupos humanos del pasado (reflejo tanto de su organización social como de su particular forma de estar en el mundo).

Tal y como señala Wilson (1988: 50), mientras que los nómadas leen o encuentran los rasgos cosmológicos en un paisaje ya existente, los grupos sedentarios tienden a representar y modelar sus ideas cósmicas en las estructuras que construyen. Es del todo previsible, de este modo, que las perspectivas post-procesualistas aplicadas a la Prehistoria hayan dirigido sus intereses preferentemente hacia fenómenos y sociedades con una carga simbólica y ritual fácilmente identificable en el registro arqueológico, como es el caso del Megalitismo (Criado, 1989). Sin embargo, teniendo en cuenta las limitadas aportaciones de la arqueología cognitiva al campo del Paleolítico antiguo (Mithen, 1998) y, nuevamente, las escasas ocasiones que el registro nos concede para especular sobre el comportamiento simbólico de los humanos anteriores al Paleolítico superior (Bednarik, 1995), es comprensible que los arqueólogos interesados en el estudio de los paisajes paleolíticos no se hayan aún lanzado, salvo en aproximaciones preferentemente teóricas (Boaz y Uleberg, 2000; Castañeda, 2000; Gamble, 1996; Ingold, 2005), a explorar la perspectiva simbólica de éstos o su entramado socio-cultural.

3. PAISAJE Y PALEOLÍTICO: PUNTOS DE PARTIDA.

Hablar de análisis territorial o paisajístico durante el Paleolítico supone la consideración previa de algunos aspectos fundamentales, entre los que destacamos los siguientes:

La prospección es la técnica de trabajo

Los estudios macro-espaciales en arqueología dependen en gran medida de la prospección. No es posible recabar datos suficientemente representativos ni establecer conclusiones válidas si nos limitamos al estudio exclusivo de las secuencias excavadas. Un yacimiento dado (Bermúdez de Castro *et al.*, 1995), por muy completa que sea la información que proporcione y por muy ajustados que estén los parámetros cronológicos y ambientales, nunca podrá integrarse por sí mismo en el contexto del comportamiento regional. En todo caso, podrá deparar inferencias espaciales unidireccionales, siempre dirigidas a establecer vínculos entre determinados aspectos del comportamiento espacial y el propio asentamiento (circulación de materias primas, áreas de influencia e hipótesis de funcionalidad de la ocupación) y podrá, también, complementar y ajustar la información deparada por las evidencias de superficie. Aunque los estudios dirigidos a discriminar pautas macro-espaciales a partir del asentamiento constituyen una fuente muy valiosa de información y, a pesar de que algunas de las perspectivas teóricas más conocidas del análisis territorial se construyen a partir de la escala yacimiento, el estudio regional debe tender por fuerza a trascender este marco. Tal y como señala Pettitt (1995: 40), a propósito del debate sobre el Musteriense, una estrategia de investigación que se limite a la escala yacimiento y que, por tanto, menosprecie la dimensión regional del registro arqueológico, se arriesga a ofrecer explicaciones limitadas sobre el comportamiento territorial de los primeros humanos.

Sin embargo, y como si de un círculo vicioso se tratase (puesto que, como hemos comentado anteriormente, a nuestro juicio el asentamiento no es la unidad más apropiada para abordar un análisis regional), el registro documentado en superficies contemporáneas a menudo sigue siendo tildado de inútil a la hora de resolver cuestiones de alcance en arqueología paleolítica (Martín, *et al.*, 1994: 36; Roe, 1981: 9), una de las cuales es, desde luego, el comportamiento territorial. Sin embargo, los argumentos que se esgrimen para asumir semejante postura (severa influencia de procesos de alteración postsedimentaria, limitación de la información y ausencia de control cronológico) también pueden aplicarse, en conjunto o individualmente, a muchas secuencias estratigráficas (Diez Martín, 1997). El reconocimiento de esta realidad, que no es más que el claro reflejo de la problemática general que implica a todo el registro paleolítico y de los múltiples

matices de gradación informativa que provienen de la documentación disponible, hace perder peso al argumento de la ausencia de integridad arqueológica, exclusiva e injustamente dirigido hacia el registro de superficie. Mucho es lo que se ha avanzado en las técnicas de prospección arqueológica en los últimos años (Banning, 2002 y en este volumen) y muchos son los instrumentos analíticos o las lúcidas discusiones con que contamos para hacer de la prospección un medio de inferencia cada vez más eficaz y riguroso (Lewarch y O'Brien, 1981; Sullivan, 1998). Dada la ineludible relación existente entre la prospección y los análisis de corte regional, es tarea del investigador aprovecharse de los recursos técnicos disponibles (que pueden llegar a matizar las limitaciones antes mencionadas) para, de este modo, integrarlos de la forma más concienzuda posible en el objeto de su estudio.

La "invisibilidad" de las sociedades depredadoras

Desde el siglo XIX, uno de los temas de investigación recurrentes entre arqueólogos y antropólogos de diversas escuelas de pensamiento ha sido el estudio de las sociedades de cazadores y recolectores (Bettinger, 1991). El acercamiento intelectual a semejante modelo de vida se ha llevado a cabo desde una perspectiva eminentemente descriptivista y evolutiva, aplicando las observaciones etnográficas actualistas a modelos generales, con el objeto de explicar los datos arqueológicos (Binford, 2001; Panter-Brick *et al.*, 2001). Para la definición de los grupos de cazadores y recolectores, la mayor parte de los trabajos abordados hacen hincapié en el papel preponderante de los factores biológicos y ambientales, en función del concepto de transformación adaptativa (cambios climáticos o estrategia reproductora, por ejemplo) y de los factores económicos (con implicaciones en la territorialidad, el hábitat, el aprovechamiento del medio y el comportamiento técnico).

Cuando nos planteamos el análisis del componente espacial y territorial de los grupos humanos del paleolíticos (y, por tanto, nos interesamos por el estudio de la movilidad y la territorialidad de las sociedades depredadoras), estamos pretendiendo obtener información sobre el modo en el que los humanos de economía no productora del pasado (a la luz de los del presente) se movían a lo largo del paisaje para obtener su alimento y los recursos de uso cotidiano. Es preciso, pues, tener en cuenta las principales variables que determinan este modelo de organización territorial para poder relacionarlas con el tipo de registro arqueológico con el que se identifican. Nos interesamos, pues, por cuatro características fundamentales (Carlson, 1979: 15-16):

- *Selección de recursos.* Las sociedades de cazadores y recolectores tienden a explotar solamente algunos de los recursos disponibles en su medio. Esta premisa ha servido para establecer dos modelos de estrategias de explotación (Cleland, 1966). La explotación focal está destinada a la obtención especializada en un único recurso, en torno al cual se estructuran las relaciones sociales y culturales del grupo. Este modelo se ve propiciado en condiciones de estacionalidad acusada y de disponibilidad restringida, que exigen una recolección rápida y un almacenamiento previsor. La economía difusa o de amplio espectro, por el contrario, se corresponde con el aprovechamiento de un mayor abanico de bienes. En este caso, ninguno de los recursos disponibles es suficiente para mantener a la comunidad y es preciso llevar a cabo una estrategia de diversificación económica. Mientras que las economías focales tienden a caracterizarse por un instrumental limitado, un grupo social y de trabajo más cohesionado y un modelo de recuperación que depende directamente de la renovación de los bienes buscados, las adaptaciones difusas tienden a una mayor diversidad instrumental, mayor movilidad (en relación con una explotación oportunista del medio) y una división del trabajo más acusada (*ibid.*: 61-65).

- *Movilidad.* Los condicionantes que determinan la selección de un campamento siempre tienen que ver con la accesibilidad a los recursos (trayectos que permiten la vuelta en una jornada al campamento base). Podemos destacar la proximidad a las fuentes de aprovisionamiento vegetal, a las fuentes de alimentación cárnica y al abastecimiento de agua (Musonda, 1991: 41). Las áreas de captación de un asentamiento dado pueden identificarse con las siguientes: el área inmediata (hasta 3 km.), en la que los recursos son absorbidos rápidamente (combustible, especies vegetales, pequeños animales), la zona de recolección y caza menor (entre 3 y 7,5 km.) y el área de caza mayor, relacionado con la máxima distancia que puede ser asumida en una jornada (entre 20 y 40 km.). Respecto a la movilidad regional y el cambio de asentamiento, ésta tiene que ver más con el cambio en las variables ecológicas y los intereses económicos (estacionalidad y agotamiento de los recursos explotados) que con una estrategia planificada para todo el ciclo anual (Kelly, 1992: 48). Los movimientos residenciales son teóricamente más elevados entre los grupos que se localizan en latitudes medias, aunque la capacidad de almacenamiento atenúa este supuesto. En todo caso, existen otros factores más allá de los económicos que incitan a una elevada movilidad residencial, tales como la necesidad de no sobreexplotar el territorio, el control sanitario o los contactos con otras bandas (Politis, 1996). Así pues, las áreas de hábitat de un grupo (el territorio ocupado a lo largo del ciclo anual) tienden a ser extensas. Por ejemplo, para el caso de hábitats ricos en latitudes

cálidas (las condiciones teóricas de menos movilidad regional), Marlowe (2005: 59) calcula una extensión media del territorio anual de 175 km². Finalmente, respecto a la reocupación de los asentamientos, ésta depende de la renovación estacional de los recursos. Existen diferentes modelos sintéticos que reflejan las distintas estrategias de movilidad entre los grupos cazadores-recolectores. La propuesta de Binford (1980), que distingue entre movilidad táctica o logística (propia de los grupos forrajeadores, caracterizados por desplazamientos puntuales en torno a bases residenciales) y movilidad residencial (propia de los grupos recolectores, caracterizados por abundantes desplazamientos especializados fuera de las bases residenciales) es, probablemente, el esquema más conocido. Otros autores hacen hincapié preferentemente en la oposición radiación/circularidad en las pautas estructurales del asentamiento (Butzer, 1989: fig. 13.2; Carlson, 1979: 126-131).

- *Demografía y dimensión grupal.* Una de las características fundamentales de los grupos depredadores es el rechazo a la presión demográfica. Para mantener el equilibrio entre la dimensión grupal óptima y la disponibilidad de recursos en un modo de vida muy móvil, los cazadores y recolectores practican mecanismos de control poblacional. A la luz de los datos etnográficos, un grupo local no tiende a sostener más de 30 personas (Marlowe, 2005: 58), cuyo número oscila en función de la riqueza del territorio (Musonda, 1991: 46) y las ventajas puntuales de una estrategia determinada (un grupo grande posibilita mayor cantidad de recursos, mayor seguridad frente a los depredadores y mejores relaciones sociales, aunque también está más presionado en los esfuerzos por la supervivencia). Las agregaciones extensas pueden producirse solo en momentos puntuales del ciclo anual, mientras que los grupos locales o bandas tienden a resolver de forma más eficaz la mayor parte de actividades subsistenciales. Así pues, los procesos de agregación-disgregación pueden estar muy diversificados en función de los intereses estratégicos de cada momento (Lee, 1976: 91; Marlowe, 2005: 57).

- *Territorialidad.* Entre los cazadores y recolectores la idea de territorialidad (o propiedad y defensa de una región determinada frente a terceros) es un tema cuestionable, sobre todo en el caso en el que todos los grupos competidores poseen una economía depredadora. Salvo algunos ejemplos concretos de la literatura etnográfica (Hardesty, 1983: 187), la capacidad para controlar un territorio es limitada. La idea de posesión puede circunscribirse a bienes muy concretos en determinadas condiciones (fuentes de agua en zonas con sequía acusada, por ejemplo), aunque esto no entra en conflicto con una perspectiva flexible del espacio social, que es compartido con otros grupos. Semejante concepción de la posesión espacial constituye un modelo indispensable para la supervivencia en hábitats expuestos a la fluctuación de los recursos.

El tiempo en el espacio arqueológico

Los arqueólogos han dedicado poco tiempo a reflexionar sobre el concepto del tiempo y sobre cómo puede acomodarse éste en una disciplina que, interesada preferentemente por los procesos y relaciones temporales, presenta unas grandes limitaciones a la hora de hacer compatible nuestra perspectiva desde el presente (como agentes activos que evaluamos datos y establecemos hipótesis desde nuestra experiencia vital contemporánea, según la cual constantemente estamos midiendo el tiempo de forma lineal –a través del reloj- o circular –mediante el calendario-) con el registro que estudiamos, más inabarcable temporalmente cuanto más alejado está de nosotros. Este desajuste es paradójico. Ciertamente, los restos arqueológicos están ligados a acontecimientos del pasado, pero son objetos del presente que nos permiten viajar a momentos anteriores del devenir humano a través de nuestras propias representaciones mentales y experiencias. En su mayor parte, la discusión temporal en arqueología se ha centrado en cuestiones relacionadas con la cronología (González y Picazo, 1998) y, menos comúnmente, en aspectos de índole conceptual (Bayley, 1983; Gosden, 1994; Karlsson, 2001; Ramenofsky, 1998). Sin embargo, tal y como señala Bayley (1981: 167), las diversas concepciones del tiempo son fundamentales en la investigación arqueológica, puesto que ofrecen las claves para pensar sobre los comportamientos y los fenómenos del pasado, objeto de nuestra investigación. En el estudio de la dimensión espacial, ligada tan a menudo con la temporal, es imprescindible establecer unos parámetros de referencia básicos sobre qué es realmente el tiempo arqueológico y cuáles son sus trazas reales (no virtuales o deseables desde nuestra perspectiva distorsionada) que podemos observar en el análisis regional y cómo podemos integrar éste en los procesos de comportamiento ligados a los fenómenos de organización territorial de las comunidades de cazadores y recolectores prehistóricos.

Como disciplina histórica, la arqueología ha tratado de ordenar los datos del registro, y con ellos los procesos tecnológicos, sociales y culturales, en una secuencia temporal comprensible. Así, nuestra categorización del pasado en sucesivos horizontes temporales nos permite situarnos a nosotros mismos dentro de una secuencia cronológica lineal y lógica, en consonancia con la idea heideggeriana de tiempo como una sucesión ilimitada de "ahoras" (Karlsson, 2001: 49). El imponente desarrollo vivido por los métodos de datación numérica en los últimos años parece satisfacer nuestra ávida necesidad por situar los vestigios del pasado en este orden asumido por el pensamiento occidental, esto es, en una

secuencia veraz y científica (segura) de la experiencia temporal, cuyos atributos fundamentales son la sucesión (la secuencia de acontecimientos a lo largo de un continuo temporal), la duración (el lapso de tiempo en el que se desarrollan los acontecimientos) y la simultaneidad o sincronía (la coordinación de acontecimientos dentro de un marco temporal común) (Bayley, 1981: 166).

La realidad es que el tiempo arqueológico, a menudo, no tiene nada que ver con esta concepción contemporánea. Mientras que el registro paleolítico nos permite de vez en cuando hallar determinados "ahoras" fosilizados en condiciones más o menos aceptables (como puede ser el caso del proceso de talla de un bifaz en el yacimiento británico de Boxgrove o el aprovechamiento de un elefante en el sitio madrileño de Áridos), las unidades temporales acotadas en registros estratigráficos suelen ser de trazo mucho más grueso y, salvo que hagamos una abstracción de los datos, las fechas numéricas no nos ofrecen información fiable sobre la duración y la simultaneidad de los acontecimientos: ¿Acaso tenemos un modo de saber si las reiteradas visitas humanas al yacimiento de Galería, en la Sierra burgalesa de Atapuerca, constituyen la impronta cíclica de reocupación de un mismo grupo humano o se corresponden con bandas distintas y distantes en el tiempo? (Bermúdez de Castro *et al.*, 1995) ¿Hasta qué punto ese dato es relevante en lo que dicho yacimiento puede ofrecernos?

En contexto africano, donde las condiciones sedimentarias ofrecen más garantías de resolución cronológica, se ha estimado que los estudios de corte territorial llevados a cabo pueden acotarse en lapsos que cubren desde un milenio (Potts, *et al.*, 1999: 764) hasta otros que se acercan a los cien mil años (Stern, 1994: 214). En Europa, el predominio del trazo grueso temporal en los análisis regionales parece convertirse en un argumento de peso a la hora de rechazar la validez de este tipo de estudios. Ciertamente, un colega escéptico siempre utilizará como argumento la imposibilidad de integrar los criterios de sucesión, duración y simultaneidad en los comportamientos territoriales que decimos estudiar. Esto es así porque a menudo se piensa que un análisis de corte paisajístico solo será tal si es capaz de proponer un modelo regional que, en cierta medida, emule los estudios etnográficos sobre movilidad realizados desde el presente, que nos permita seguir los itinerarios y los ciclos anuales de interacción con el medio de una banda de cazadores-recolectores prehistóricos. Para cumplir semejante afán cinematográfico las relaciones de simultaneidad, sucesión y funcionalidad de los asentamientos serían imprescindibles. En la literatura encontramos ejemplos de propuestas de este tipo (Bordes *et al.*, 1972; Butzer, 1989: 226-228) que no pasan de ser recreaciones o animaciones en el presente de un puñado de datos pretéritos. La búsqueda de este "santo grial" de la investigación paleolítica (en suma, de una

secuencia continuada de "ahoras" con implicación territorial) es inviable, tal y como muy lúcidamente nos advierten algunos autores (Gamble, 1990: 330; Stern, 1993: 89). Por decirlo de otro modo, la arqueología de los paisajes paleolíticos no tiene nada que ver con esa visión y conviene que asumamos desde el principio qué son y qué no pueden ser este tipo de aproximaciones.

Radcliffe-Brown (1952), por ejemplo, entiende la sincronía como las relaciones simultáneas o las pautas de relaciones que persisten a lo largo del tiempo, mientras que la diacronía supone para este autor un cambio sistemático en las pautas de dichas relaciones. Esta perspectiva no está muy lejana de la idea de Braudel (1991: 142-146), para quien los procesos históricos operan en diferentes ritmos temporales: la historia a corto plazo o del tiempo individual (de los acontecimientos específicos, tales como esos momentos milagrosamente congelados a los que nos referíamos antes), a medio plazo o del tiempo social (la historia de grupos humanos concretos) y a largo plazo o la *larga duración* (la historia en la que se enmarcan los grandes procesos y cambios culturales). Las propuestas de Braudel y Radcliffe-Brown parecen acomodarse de forma adecuada al estudio de los grupos paleolíticos, su problemática y, por ende, su componente territorial (Schofield, 1995: 106). De este modo, puesto que las pautas de conducta inscritas en el paisaje son acumulativas y repetitivas a lo largo de ciclos variables de tiempo (Gamble, 1990:330), deberíamos entender que la arqueología del paisaje aplicada a las sociedades de cazadores y recolectores pretende reconstruir lo más completamente posible las estrategias estructurales de integración del componente espacial en la vida de los grupos paleolíticos que frecuentaban una región determinada (sincronía) y/o los procesos de cambio observables en semejante comportamiento (diacronía).

Lucidez o decepción: qué debemos esperar de los paisajes paleolíticos

Podemos resumir los apartados anteriores en los siguientes presupuestos generales:

- El estudio de corte paisajístico está, por fuerza, ligado a la prospección arqueológica (incluyendo tanto el estudio de materiales recuperados en superficies contemporáneas como procedentes de sondeos). Las secuencias estratigráficas clásicas, los yacimientos, pueden aportar datos significativos sobre aspectos relacionados con la interacción humana con el medio, pero no están capacitados por sí solos para abarcar la escala regional.

- Los grupos de cazadores y recolectores se caracterizan por una gran movilidad territorial y logística (lo que implica una gran diversidad y

complementariedad en la funcionalidad de los asentamientos), una gran dependencia económica de los ritmos de la naturaleza, una muy escasa densidad poblacional asociada a una gran variabilidad en los procesos de agregación y dispersión grupal, y un concepto de territorio relativamente diluido. Estos datos implican un escasísimo impacto sobre el medio y una gran dificultad a la hora de rastrear determinados componentes del análisis paisajístico, mucho más disponibles en sociedades productoras.

- El estudio regional paleolítico no se interesa por el tiempo individual o social y, por tanto, no puede reconstruir itinerarios o ciclos anuales de movilidad (entendiendo la sincronía en sentido de medición cronológica). Su afán se centra en el tiempo de la experiencia humana (Gosden, 1994: 2) o de gran escala y pretende reconocer las estructuras de respuesta territorial repetidas durante un ciclo temporal variable (sincrónicas *sensu* Radcliffe-Brown) y/o las transformaciones que se producen en semejantes pautas (que advierten de fenómenos de diacronía).

4. BARAJANDO EXPERIENCIAS: LAS PERSPECTIVAS DISPONIBLES.

Teniendo en cuenta la diversidad de propuestas metodológicas surgidas al amparo de las perspectivas de la arqueología científica y postprocesual, los estudios destinados al análisis de los paisajes de sociedades cazadoras y recolectoras prehistóricas están netamente marcados por las características de los grupos implicados y, como consecuencia, las limitaciones impuestas por el registro. Algunos modelos son de difícil aplicación en este caso, como la mayor parte de los que evalúan la territorialidad teórica (Teoría de Lugar Central, Análisis de Polígonos de Thiessen o el análisis de vecino más próximo) (Ruiz y Burillo, 1988: 56-57). Muchas de las perspectivas de corte simbólico son, igualmente, de difícil aplicación a las rutinas prácticas de análisis (puesto que los referentes sociales y culturales de estos grupos estuvieron inscritos en un medio natural apenas transformado y, por tanto, difícilmente descifrable o mensurable). A continuación exponemos las vías de trabajo más comúnmente utilizadas.

Los mapas de distribución y el Paleolítico Inferior en la Meseta Norte

Los mapas de distribuciones han sido utilizados reiteradamente dentro de los esquemas de investigación de la arqueología territorial (Groube, 1981; Hodder y

Orton, 1990: 27-40). Constituyen la escala básica del estudio de las relaciones espaciales arqueológicas y, por lo tanto, están presentes tanto en la elaboración de Inventarios y Cartas Arqueológicas, como en trabajos más especializados. Consisten, como ya hemos señalado, en la localización cartográfica de los yacimientos y hallazgos atribuibles a un determinado periodo (o sucesión de periodos) en una región dada. Puesto que en este caso el catálogo de yacimientos se presenta en función de sus atributos geográficos, los mapas de distribución pueden aportar una información sintética y directa sobre las relaciones y cualidades espaciales que se establecen y, por tanto, pueden sacar a la luz las pautas generales de poblamiento y uso del territorio, en función de sus relaciones con las características del medio físico.

Contamos con abundantes ejemplos que ilustran su aplicación en grupos de cazadores-recolectores prehistóricos (por citar solo alguno de ellos: para el Paleolítico inferior y medio, Martín Benito, 2000; Moncel, 2003; Turq, 2000; para el Paleolítico superior y Mesolítico, Jochim, 1998; Jones, 2007). Desde la década de 1980, una de las investigaciones más consolidadas en esta línea está constituida por el estudio de la presencia humana paleolítica en la Meseta española y, en particular, en algunos sectores de la Cuenca del Duero (Santonja, 1991-92, 1995; Santonja y Pérez-González, 2000-01). Aunque la intención primordial de este trabajo no ha sido profundizar en la organización espacial de las evidencias inferopaleolíticas, sino más bien comprender sus manifestaciones y establecer su carácter secuencial a partir de la información disponible, lo cierto es que estos planteamientos han traído consigo algunas contribuciones que ofrecen una panorámica interpretativa regional sobre la presencia paleolítica en el territorio, en la que los mapas de distribución han sido utilizados en reiteradas ocasiones como soporte del discurso desarrollado. A pesar de que, en este caso, la resolución cartográfica no es detallada (puesto que no se pretende desarrollar un modelo espacial estricto y uniforme y, habitualmente, la densidad real de puntos viene a ser sustituida por tramas sombreadas), ésta recoge de manera eficaz algunas de las consideraciones barajadas sobre el uso del espacio en la Cuenca del Duero.

El mapa de distribución de estaciones paleolíticas al aire libre en los cursos fluviales de la Meseta norte (fig. 1a) pone de manifiesto que las zonas ricas en restos se sitúan repetidamente en las confluencias de las redes secundarias y terciarias, siendo menos frecuentes en los ríos principales. Estas pautas se ven completadas por una posible preferencia de valles abiertos, sobre todo en la cercanía de tramos en los que la masa de agua ha circulado encajada en cañones y farallones (Santonja y Pérez-González, 2000-01: 63). Estos rasgos podrían estar indicando una hipotética selección preferencial de determinados espacios fluviales

estratégicos. El predominio de restos achelenses localizados en terrazas medias de las redes secundarias podría justificar, desde este punto de vista inicial, la aparente abundancia de restos en las zonas occidentales de la Cuenca frente a los sectores orientales, dado que las redes fluviales son aquí más complejas y están más jerarquizadas.

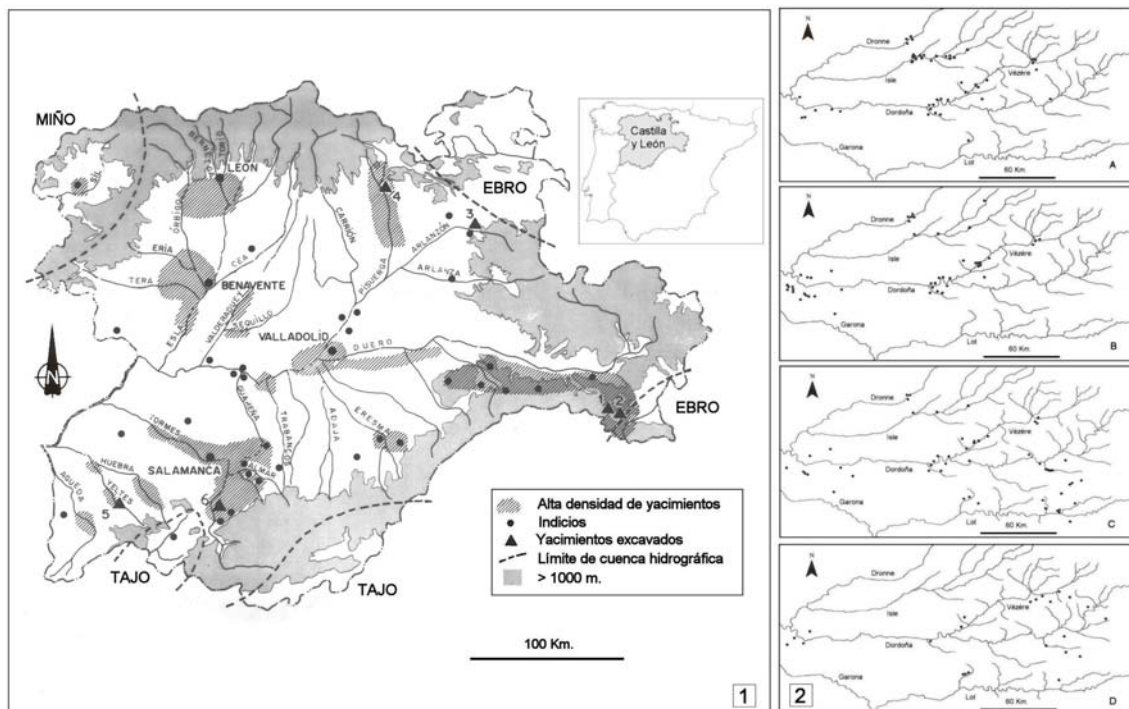


Fig. 1.- Mapas regionales de distribución de yacimientos paleolíticos. **1.** El Paleolítico inferior en la Meseta norte española (basada en Santonja y Pérez-González, 2000-01: fig. 1). **2.** La transición Pleistoceno-Holoceno en Dordoña, Francia: A. magdaleniense; B. magdaleniense final; C. aziliense; D. sauveterriense (basada en Jones, 2007: figs. 3-6).

Actualmente estas interpretaciones, que durante un cierto periodo de tiempo se mantuvieron de algún modo como hipótesis referenciales, están siendo matizadas, tanto en lo que respecta a la preferencia de la actividad humana en los cursos secundarios (Martín Benito, 2000: 215), como al peso real de la frontera Oeste-Este en la deambulación humana por la Cuenca del Duero (Diez Martín, 1998). Los matices introducidos por los nuevos datos en la interpretación original de los mapas de distribución (el propio M. Santonja siempre ha advertido que la visión regional ofrecida a través de lo que, apropiadamente, llama la "geografía de los hallazgos" -Santonja y Pérez-González, 2000-1: 63- es parcial y no es posible establecer interpretaciones definitivas a través de ella) ejemplifican muy oportunamente las limitaciones propias del modelo de los mapas de distribución a gran escala. Ciertamente, y como hemos dicho con anterioridad, un mapa de distribución no es más que la representación cartográfica y la relación espacial del listado de hallazgos conocidos en un territorio y en un momento dado. Es por ello por lo que, sobre todo cuando tenemos entre manos extensas regiones, los nuevos

descubrimientos pueden alterar sustancialmente tal o cual inferencia de tipo territorial. Además, este catálogo se realiza a partir de la información deparada por diferentes investigadores, que habitualmente se han guiado por estrategias metodológicas dispares de prospección y análisis, en las que a menudo los principales atributos no se hacen explícitos o no son intercambiables (por ejemplo, en lo que respecta a la trascendente discusión sobre qué es lo que identificamos como yacimiento o como mero hallazgo aislado –Dunnell, 1992- y qué papel está jugando en cada caso la incidencia de procesos postdeposicionales de alta energía). La comprensible falta de unificación en los esquemas de prospección, la dispar intensidad y resolución de la investigación en distintas áreas y la constante provisionalidad de los resultados constituyen la principal debilidad de la aplicación de estos modelos a gran escala. Esta limitación puede minimizarse cuando se reduce el territorio abarcado y, además, es posible contar con una mayor coherencia documental. Un buen ejemplo de ello está constituido por el reciente estudio de Jones (2007) en el que, a partir del empleo de mapas de distribución, se establecen las pautas de uso territorial a lo largo del tránsito Paleolítico/Mesolítico en la región francesa de Dordoña (fig. 1b).

El análisis de captación de recursos (ACR)

A pesar de que no se enmarca estrictamente dentro de los análisis espaciales a escala regional, uno de los modelos clásicos en el estudio de la interacción hombre-medio está constituido por la interpretación económica y ambiental de las áreas de proximidad de los asentamientos individuales (escala intermedia de la investigación espacial). El ACR ha sido aplicado en diversas ocasiones, y con resultados dispares, al estudio de las sociedades de cazadores y recolectores prehistóricos. A menudo el establecimiento del área de captación (un aspecto de gran trascendencia a la hora de interpretar los recursos disponibles) se ha llevado a cabo a partir del empleo de áreas de radio fijo. En algunas ocasiones, como en el estudio del yacimiento Paleolítico inferior palentino de San Quirce (Arnáiz, 1990) éste se ha delimitado en torno a 5 km. (fig. 2a). Sin embargo, la utilización de radios teóricos de 10 km. resultaría más apropiado para grupos de economía depredadora, tal y como sugieren los análisis etnográficos (Lee, 1976: 84-91).

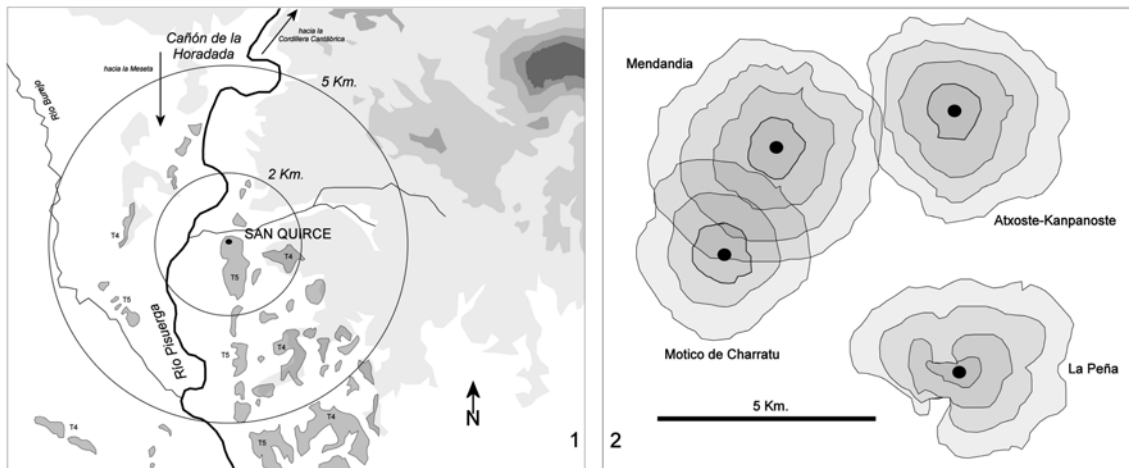


Fig. 2.- Las zonas de captación en el ACR. **1.** Área de radio fijo en el yacimiento paleolítico inferior de San Quirce de Río Pisuerga, Palencia (basada en Arnáiz, 1990: fig. 2). **2.** Áreas establecidas en función de la relación tiempo/esfuerzo en varios yacimientos mesolíticos del noreste peninsular (basada en Alday, 2002: fig. 3).

La oportunidad de utilizar los modelos radiales teóricos en el estudio de las áreas de captación ha constituido un tema controvertido desde los comienzos de la aplicación del ACR. Una alternativa consiste en tener en cuenta las características de la topografía local y valorar el coste real de acceso al asentamiento y las distancias transitadas en un tiempo determinado (desde media hora hasta dos horas) (Davidson y Bailey, 1984: 28-30). Este procedimiento da lugar a la delimitación de territorios irregulares de captación, más acordes con los aspectos reales de trasiego. En algunas ocasiones esta labor se ha llevado a cabo aplicando parámetros de recorrido y desnivel a partir de la propia experiencia de campo del investigador, como en el caso del estudio de yacimientos mesolíticos del País Vasco (Alday, 2002: 17-18) (fig. 2b). En otras, la corrección isocrónica (el cálculo de la relación tiempo/esfuerzo) ha sido abordada de manera teórica, como en el estudio aplicado al Paleolítico superior levantino (Davidson y Bailey, 1984: 30-31).

Una vez establecida el área de captación, el siguiente paso del análisis está constituido por la valoración de las implicaciones ambientales y económicas de los territorios asignados a los yacimientos y sus recursos. Este punto deja ver la mayor parte de las limitaciones del ACR cuando éste se aplica al estudio de sociedades depredadoras, revelando que sus presupuestos metodológicos siempre se han acomodado más a las características de grupos de economía productora y cierto grado de sedentarismo (Gilman y Thornes, 1985; Vita-Finzi, 1978). En el caso que nos ocupa, es común acometer un mero análisis descriptivo (muy a menudo apoyado en el reconocimiento de las unidades geomorfológicas, sus asociaciones bióticas teóricas, los recursos líticos disponibles y el reconocimiento de corredores y filtros naturales que condicionan el trasiego humano y animal) de los distintos

nichos ecológicos (biotopos y ecotonos, por ejemplo) que podrían haber sido aprovechados por parte de los grupos humanos que habitaron los asentamientos (Arnáiz, 1990: 29) (fig. 2a). Lamentablemente, la aplicación aislada del ACR como único medio para acercarnos al componente territorial de sociedades depredadoras, sin otros apoyos complementarios, se ve seriamente limitada a la mera enumeración (a través de la observación de los caracteres abióticos) de las zonas ambientales implicadas (Isaac, 1981: 147) que, ante la habitual falta de datos, no pueden ajustarse con certeza a la realidad paleoambiental. El propio Glynn Isaac sugirió que, con objeto de aprovechar al máximo las posibilidades analíticas del ACR, sería recomendable su aplicación en el conjunto de asentamientos reconocimos en una región determinada, tal y como se ha desarrollado en algunos casos (Jarman, 1972; Davidson y Bailey, 1984: 34). De este modo, es posible abordar estudios comparativos y establecer con cierta fiabilidad las tendencias relacionadas con el uso del territorio (en términos de diferencias y similitudes entre yacimientos), en función de la diversidad de los biotopos implicados con las áreas de captación o de las distancias a las fuentes de aprovisionamiento. Es así, desde esta estrategia, como el ACR se convierte en un instrumento de análisis regional que trasciende el marco semi-micro de la propuesta original. Contamos con diversos ejemplos que han optado por este modelo de ACR regional para su aplicación al estudio del Paleolítico y Mesolítico (Mochales, 1997; Serna, 1997).

Redes e itinerarios: la captación de materias primas

El análisis de la circulación de materias primas, aunque presenta importantes vinculaciones con el ACR (no en vano, su objeto es el reconocimiento de los territorios de explotación de las rocas talladas en un asentamiento o grupo de asentamientos), constituye uno de los procedimientos más útiles y significativos para el estudio de la movilidad y el uso del espacio de los grupos humanos del pasado. Es, quizás, la aproximación más certera de que disponemos para emular la reconstrucción de aquellos itinerarios de los que hablábamos en apartados precedentes. Puesto que esta línea de investigación se ha especializado significativamente en los últimos años, y dadas sus evidentes implicaciones en los estudios espaciales y regionales, la trataremos de forma individualizada.

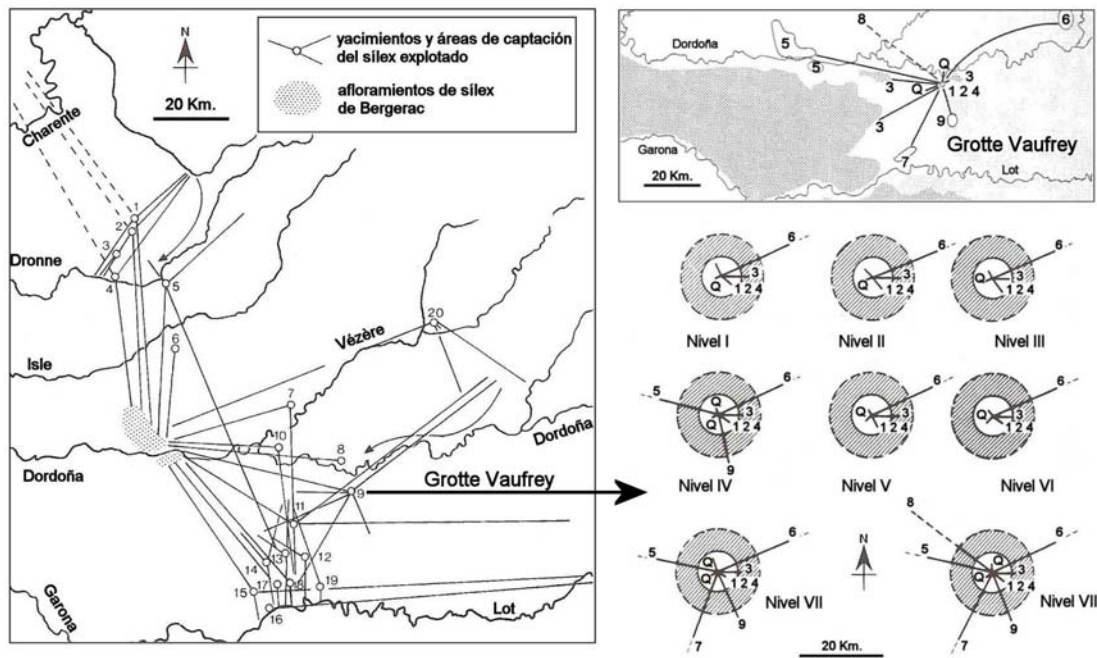


Fig. 3.- Origen de las materias primas en los yacimientos del Paleolítico medio de la Dordoña francesa y el caso particular de la Grotte Vaufrey (basado en Geneste, 1991: fig. 7).

Los trabajos destinados a la documentación de las fuentes de aprovisionamiento de materiales primas de los asentamientos y el establecimiento de síntesis regionales de distribución y utilización de los recursos líticos son abundantes para el Paleolítico y Mesolítico (por citar solo algunos ejemplos, Féblot-Augustins, 1997; Bernard-Guelle, 2005; Tarrío, 2006; Turq, 2000). Uno de los estudios pioneros y de referencia sobre esta aproximación ha sido llevado a cabo por Geneste (1991) en su análisis del Paleolítico medio de la región francesa de Aquitania. Este autor establece tres escalas básicas de proximidad para el establecimiento de los territorios de influencia de los recursos líticos, generalmente asumidas por la mayor parte de investigadores (véase Gamble, 2001: 112): local (0-5 km. de radio); semi-local (5-20 km.) y distante (>30 km.). Llevando a cabo la identificación litológica de las distintas rocas utilizadas, Geneste establece los territorios de influencia tanto a escala yacimiento como a nivel regional (fig. 3). Otro aspecto que viene a completar la mera circulación de los tipos de materiales líticos está constituido por el análisis de las formas, dimensiones, grado de explotación o de retoque que caracterizan a los objetos respecto a su desplazamiento (Pettitt, 1995: 40). Este análisis aporta interesantes vías de conocimiento para poner en relación las áreas de circulación de rocas, los procesos operativos de gestión lítica y las estrategias de movilidad a escala regional. Ciertamente, tal y como señala Hayden (1989: 11), existe una clara relación entre disponibilidad de materias primas y gestión lítica, de modo y manera que las materias primas más preciadas (entendidas aquí como aquellas que no están

fácilmente disponibles en un contexto ambiental dado) sufrirán procesos más intensos de explotación y retoque. Este aspecto pone en relación, pues, las estrategias técnicas y funcionales de los objetos con las escalas de captación de recursos y el comportamiento espacial de los grupos humanos. Un ejemplo de esta línea de trabajo está constituido por el reciente estudio de Wallace y Shea (2006) sobre la movilidad en el Paleolítico medio del Próximo Oriente, a través de los procesos de reducción observados en los núcleos.

Los distintos trabajos de síntesis sobre los territorios de captación de materias primas durante el Paleolítico han hecho posible establecer unas pautas diacrónicas generales que inciden en la progresiva ampliación de las áreas de obtención de los recursos líticos. Durante el Paleolítico antiguo éstas son principalmente locales y semi-locales, mientras que a partir del Paleolítico superior se observa la creciente incorporación de rocas procedentes de fuentes lejanas (Féblot-Augustins, 1997: 231-239; Geneste, 1991: 27-31). Estas ideas han servido a Clive Gamble (1996; 2001) para proponer un modelo social de territorialidad para los grupos de cazadores y recolectores prehistóricos que se fundamenta en la estructura de aprovisionamiento de materias primas. Desde este punto de partida, para este autor existen dos tipos de territorios: el paisaje de la costumbre o red local (un radio de acción en torno a 40 km., nunca superior a los 100 km., en el que se llevan a cabo las actividades económicas y sociales cotidianas a escala regional); y el paisaje social (varios paisajes de la costumbre que se integran en redes ampliadas de intercambio, vínculos y relaciones sociales que exceden con mucho los radios de la red local, llegando incluso hasta los 600/1000 km.) (fig. 4). El establecimiento de un paisaje social estaría atestiguado a partir de la revolución cognitiva y social del Paleolítico superior (Gamble, 1996: 255).

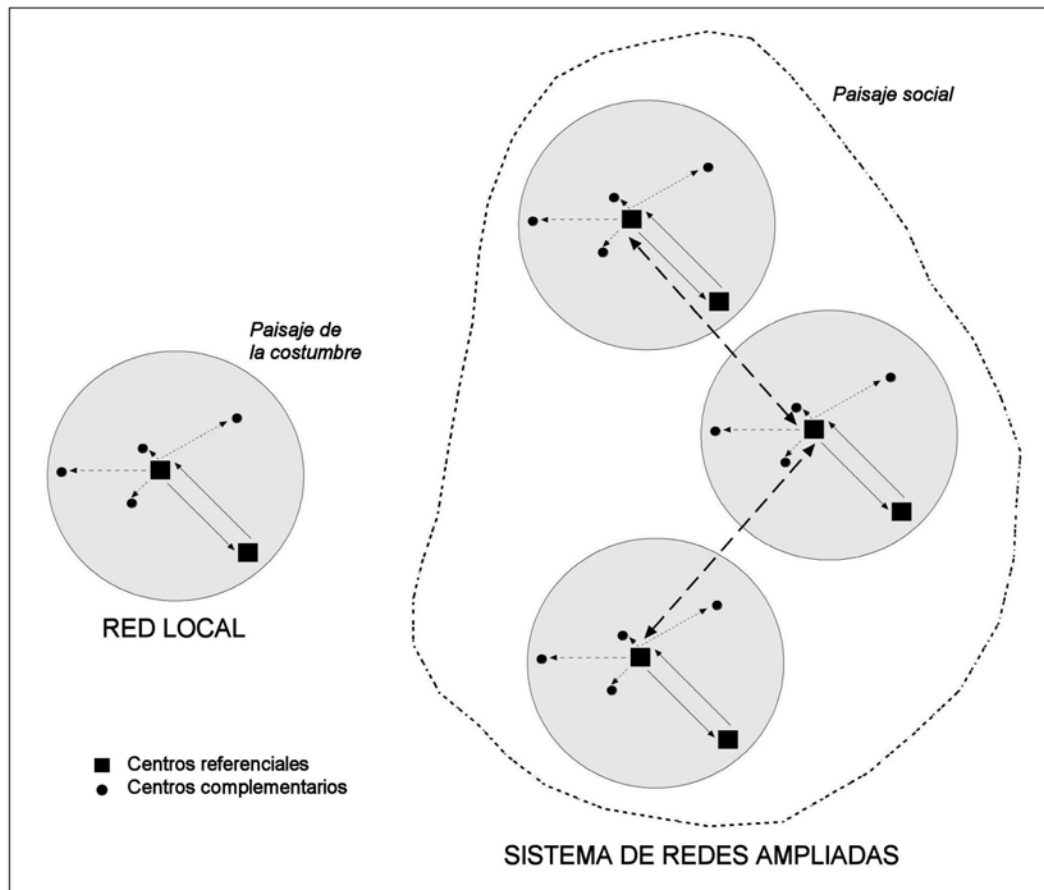


Fig. 4.- Esquema de organización territorial durante el Paleolítico según Clive Gamble.

La perspectiva distribucional: el poblamiento neandertal en los páramos del Duero

Ya hemos señalado en apartados precedentes cuál es el marco teórico y metodológico en el que se asientan los modelos analíticos de la arqueología *off-site* o distribucional. Dada la naturaleza de estos procedimientos y su reiterada aplicación al estudio de grupos altamente móviles, estas corrientes constituyen un instrumento eficaz de análisis regional para la investigación del componente paisajístico de las sociedades de cazadores y recolectores prehistóricos.

Desde 1996 se viene aplicando un modelo de arqueología distribucional en los páramos terciarios de la Cuenca del Duero, en el que se pretenden reconocer las pautas de movilidad y utilización del espacio en esta unidad geomorfológica por parte de los grupos humanos del Paleolítico antiguo y sus relaciones con las áreas fluviales circundantes (Diez Martín, 2000; Diez y Sánchez, 2005). Este estudio ha sido abordado mediante la integración de excavaciones arqueológicas, la comprensión y estudio de los procesos de alteración post-deposicional presentes en estas altas planicies (Diez Martín, 1999; 2003) y, sobre todo, la prospección del registro arqueológico observado en las superficies contemporáneas. El trabajo de campo se ha llevado a cabo en once áreas de muestreo localizadas dentro de tres

sectores de páramos adyacentes a los ríos Duero, Pisuega y Esgueva, entre las provincias de Burgos y Valladolid (Montemayor-Corcós; Duero-Esgueva y Montes Torozos). En un primer momento, en dos de las once áreas de muestreo estudiadas, se llevó a cabo una prospección por cobertura total del terreno, con objeto de reconocer las pautas básicas de desecho lítico que operaban en esta región ambientalmente homogénea. Una vez que éstas fueron documentadas (los niveles de máxima acumulación se asociaban siempre a las formaciones exokársticas de la primitiva red de drenaje de la Cuenca: dolinas, uvalas o valles de suave gradiente topográfico), en el resto de las áreas seleccionadas se establecieron un total de 355 unidades de muestreo (de 2500 m² de superficie cada una) destinadas a consignar la distribución de densidades de objetos arqueológicos a lo largo del espacio y la relación que se establecía entre las mismas.

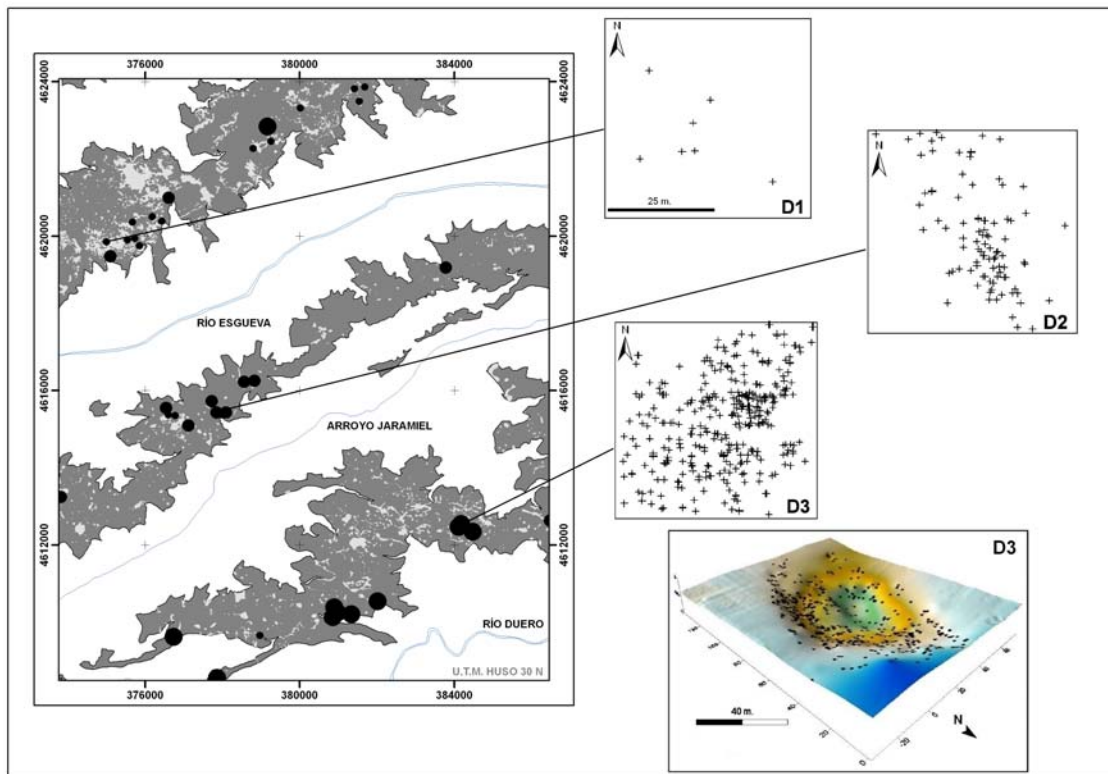


Fig. 5.- Distribución de las unidades de muestreo por grupos de densidad en las dolinas de los páramos de Jamariel-Esgueva (margen izquierda del Duero, Valladolid).

El resultado de esta tarea ha sido la reconstrucción de la estructura arqueológica regional a través de la distribución de la variable densidad (se han establecido tres grupos convencionales de agregación de objetos), la reconstrucción de las plantas de agregación y la producción de mapas que revelan la intensidad de la presencia antrópica, a través de la diferente actividad lítica documentada en los páramos calizos (fig. 5). La aplicación de este modelo de análisis espacial ha

permitido establecer las siguientes conclusiones sobre el comportamiento territorial de los grupos paleolíticos que frecuentaron estas planicies:

- Aunque la presencia humana aparece atestiguada en la mayor parte de los páramos, a través de la documentación de actividad de talla en su superficie, las grandes acumulaciones de artefactos se vinculan exclusivamente con las formaciones exokársticas. Las columnas estratigráficas estudiadas en diversas dolinas y valles kársticos demuestran que éstos se asocian a medios lacustres someros de carácter estacional. Así pues, los grupos humanos seleccionaron repetidamente las zonas encharcadas para llevar a cabo la mayor parte de sus actividades de talla y, en consecuencia, económicas. Las charcas funcionaron como puntos de atracción referencial de los grupos paleolíticos y las grandes acumulaciones de artefactos en ellas conservadas reflejan la recurrencia de esta pauta de comportamiento territorial selectivo, según la cual se visitan determinados nodos presentes en el paisaje (esto es, muy probablemente se trata de palimpsestos fruto de visitas reiteradas durante un periodo indeterminado de tiempo). El papel central de las masas someras de agua como polos de atracción queda subrayado también por el hecho de que sólo en ellas se documenta la cadena operativa lítica completa. En las zonas de páramo masivo, además de la baja densidad de artefactos reconocidos, las cadenas operativas siempre están muy fragmentadas.

- Los vínculos entre el biotopo de páramos y los valles adyacentes son muy intensos. En primer lugar, toda la materia prima utilizada (principalmente cuarcita) está ausente de forma natural en estas altiplanicies calizas y proceden de los aluviones localizados en los valles fluviales. El acopio de rocas para la talla revela lo que debió ser una estructura económica básica para el trasiego humano entre las zonas de ribera y las plataformas. Además, determinadas fases del proceso de configuración del instrumental bifacial recuperado en los páramos (la producción de grandes lascas) fueron llevadas a cabo en las propias graveras fluviales. Por otro lado, la prominencia topográfica de estas plataformas (que se elevan a más de 160 metros sobre los valles adyacentes) implica el control visual de amplias porciones de los valles y debió constituir un factor ventajoso para la identificación de los recursos y del paisaje (fig. 8).

- La intensidad de la antropización de las zonas lacustres (observada en función de la densidad de objetos recuperados en ellas) depende fundamentalmente de la cercanía a las fuentes de aprovisionamiento de los cantos, esto es, a las terrazas de los colectores principales (el Duero y el Pisuerga). Aunque las zonas inspeccionadas nunca se alejan de las áreas de aprovisionamiento más de 30 km., cuando las distancias superan el rango estrictamente local (5 km.), se

produce un marcado descenso en la densidad de hallazgos observados, tanto en lo que respecta a los puntos referenciales (que finalmente llegan a desaparecer) como a la mera documentación de objetos dispersos en el páramo neto.

- El análisis distribucional ha permitido documentar que las pautas de movilidad y uso del espacio en estas plataformas responden a un modelo estructurado, en el que la red de humedales asociada a las formas exokársticas y la accesibilidad a las materias primas disponibles jugaron un papel fundamental. Esta evidencia viene a completar la información disponible sobre el asentamiento humano al aire libre en la Meseta norte y a confirmar que, a partir del último tercio del Pleistoceno medio (momento al que nos conducen tanto la caracterización tecnológica como el programa de dataciones en curso), los grupos de neandertales que habitaron el centro de la Cuenca llevaron a cabo una estrategia compleja de movilidad territorial en la que los valles fluviales constituían solamente una parte del espectro paisajístico frecuentado por estos humanos.

Uno de los problemas relacionados con la aplicación de este modelo de análisis territorial es su viabilidad. Para llevarlo a cabo es preciso contar con regiones suficientemente homogéneas, en las que sea posible identificar y calibrar la acción de los procesos de alteración natural y, por tanto, juzgar en qué medida los valores de densidad consignados están efectivamente reflejando comportamientos humanos. En valles fluviales, por ejemplo, este procedimiento contaría con un buen número de sesgos post-deposicionales difícilmente cuantificables por el investigador. A su vez, este tipo de estudios conllevan una gran inversión de tiempo, recursos humanos y, dada la necesidad de abordarlos con criterios homogéneos, no siempre pueden beneficiarse de otros trabajos previos de documentación o estudio.

Funcionalidad y estructura del asentamiento

No sería conveniente finalizar este repaso a los modelos de investigación territorial en sociedades depredadoras altamente móviles, sin hacer mención al aspecto relacionado con la estructura y funcionalidad de los asentamientos. Este aspecto se asienta en síntesis teóricas e interpretativas, apoyadas por los estudios etnográficos y preocupadas por la reconstrucción de los consabidos ciclos anuales. A pesar de que, como hemos visto, la interpretación arqueológica de estos periplos anuales es inviable, la catalogación de los asentamientos dentro de un esquema de funcionalidad básica, cuando es posible hacerlo, presenta unas evidentes implicaciones sobre las estrategias territoriales, la movilidad y el uso del espacio por parte de los cazadores-recolectores prehistóricos.

Los arqueólogos llevan años aceptando que los vestigios documentados en los yacimientos (preferentemente a través de la presencia o ausencia de las distintas fases de las cadenas operativas líticas) pueden ser un instrumento útil para comprender tanto la funcionalidad de la ocupación como las diferencias entre ocupaciones. Desde finales de la década de 1960, Glynn Isaac (1971) abordó una tarea analítica en la región keniana de Koobi Fora que pretendía comprender la función de los diversos yacimientos. Este trabajo (fundamentado en los datos aportados por las evidencias líticas y faunísticas) concluyó en un modelo ya clásico de clasificación de yacimientos y fue a menudo extrapolado más allá del ámbito africano que le era propio. En los años siguientes, en el marco del debate que esta propuesta suscitó (Binford, 1981), el interés interpretativo se concentró en caracterizar los yacimientos en función del comportamiento técnico, tal y como se observaba en los grupos modernos de cazadores y recolectores. La extrapolación de datos, en función de la caracterización de las estrategias de movilidad para los grupos de cazadores y recolectores, condujo a que los conjuntos líticos sirvieran para dotar a los yacimientos de etiquetas tales como bases residenciales (relacionados con las actividades domésticas), localizaciones (áreas con funciones exclusivamente extractivas), campamentos (centros de operación temporal), estaciones (áreas tácticas de recogida de información) y escondrijos (remanentes de bienes materiales) (Binford, 1980).

Hoy en día, semejantes clasificaciones tipológicas de los yacimientos comienzan a estar en desuso, dada la enorme dificultad que supone la conversión de las unidades etnográficas en arqueológicas y el alto grado de especulación que tal procedimiento comporta (Gamble, 1990: 328). Así pues, las clasificaciones de yacimientos en función de su implicación territorial tienden a simplificarse de forma sustancial y reducirse a dos categorías básicas (Carbonell *et al.*, 1986; Ebert, 1992; Nelson, 1991):

- Los centros referenciales o centrales. En ellos se realizan actividades básicas o estratégicas, cuya importancia se revela en la presencia de todos los estadios de las cadenas operativas. Constituyen nodos en el paisaje y, como tales, asumen su papel articulador y referente en los flujos de bienes y personas. No deben entenderse automáticamente como campamentos en el sentido etnográfico del término, sino como polos de atracción recurrente a lo largo del espacio regional frecuentado.

- Los centros complementarios o esporádicos. Son sitios de actividades limitadas o en los que se producen las relaciones inmediatas con el medio (caza, recolección, aprovisionamiento de materias primas). En ellos estarían presentes segmentos aislados de las cadenas de producción.

Este modelo, por su vocación sintética y simplificadora, se adecua satisfactoriamente a la observación etnográfica más básica, según la cual los grupos de cazadores y recolectores se organizan siempre en función de la selección de puntos centrales que predominan sobre otros movimientos de tipo secundario (Marlowe, 2005: 62). También está en consonancia con el marco del análisis espacial, en el que no siempre es posible valorar el grado de residencialidad en un yacimiento dado. La región calcárea de los páramos del Duero, que señalábamos antes, constituye un buen ejemplo práctico de esta aplicación interpretativa. Así, al tratarse de un territorio en el que las pautas antrópicas de actividad y desecho lítico se han conservado de forma relativamente íntegra (las acumulaciones o dispersiones reconocidas no se deben a la acción de procesos naturales sino que reflejan la impronta de comportamientos no sesgados), es posible caracterizar cuáles son los puntos que actuaron como nodos y cuáles son las zonas con un componente esporádico evidente. Los primeros son referenciales porque revelan una pauta de visitas reiteradas, gracias a la atracción que ejercía la presencia estacional de agua, y de comportamientos complejos, gracias a la diversidad tecnológica documentada, que jerarquizaban y estructuraban la uniformidad espacial y ecológica de estos páramos.

5. ¿UNA NUEVA REVOLUCIÓN? LOS SISTEMAS DE INFORMACIÓN GEOGRÁFICA (SIG).

La presentación pormenorizada de lo que son los SIG, cómo funcionan y cuáles son las operaciones espaciales que pueden llevarse a cabo con ellos excede ampliamente el objetivo de este apartado, dado que contamos con un buen número de manuales dedicados a este objetivo (Bolstad, 2002; Longley, *et al.*, 2003; Wheatley y Gillings, 2002). Por ello, solamente trataremos de forma muy breve algunos aspectos esenciales relacionados con su aplicación y potencialidad en el campo de la arqueología del paisaje (Grau, 2006).

Un SIG es una herramienta dedicada a la creación y uso de información espacial. Podemos definirlo más detalladamente como *un sistema informático que sirve para la recogida, tratamiento, almacenamiento, análisis, presentación y distribución de un gran volumen de datos espaciales* (Bolstad, 2002: 1). Dado su potencial, capacidad y resolución en el tratamiento de la información (que permite organizar los datos espaciales por áreas temáticas y establecer relaciones complejas entre las propiedades y atributos de éstos), los arqueólogos han incorporado los SIG a su rutina de trabajo espacial y, por tanto, contamos ya con un ingente cuerpo bibliográfico que ejemplifica su aplicación en muy diversos

campos y casos particulares de nuestra disciplina: análisis micro-espaciales, regionales, de reconstrucción de paleo-paisajes o modelos predictivos de territorialidad (Aldenderfer y Maschner, 1996; Baena *et al.*, 1997; Hosfield, 1999; Lock, 2000; Lock y Stančič, 1995; Maschner, 1996; Wescott y Brandon, 2000).

Las funciones de los SIG incluyen una gran variedad de posibilidades, de modo y manera que algunas de las propuestas metodológicas más comúnmente utilizadas en el análisis territorial de los grupos depredadores prehistóricos, presentadas anteriormente, pueden realizarse de manera más eficaz y completa a través de algunas de las funciones más sencillas incorporadas en estos programas informáticos. Los meros mapas de distribución de yacimientos, por ejemplo, pueden dar paso a asociaciones geográficas mucho más complejas, en función de los atributos que queramos relacionar con cada uno de los puntos incluidos en nuestra base de datos (caracterización tecnológica, variabilidad de materias primas, unidad geomorfológica asociada, altitud o pendiente, por ejemplo). El ACR puede generarse a través de una de las funciones más sencillas incorporadas en los SIG, el cálculo de distancias y la generación de *buffers* (radios de determinada distancia a partir de un punto) y corredores (a partir de líneas).

Uno de los instrumentos más destacados de los SIG es la elaboración de modelos digitales del terreno a partir de la interpolación tridimensional de los datos topográficos. Esta función permite (Wheatley y Gillings, 2002: 107): incorporar con gran facilidad los datos relacionados con la visualización de las características del terreno, llevar a cabo automáticamente correcciones isocrónicas en los análisis relacionados con las variables distancia/esfuerzo (que, como hemos visto, han estado muy presentes en la discusión sobre el ACR), estudios de visibilidad y cuencas visuales (García, 2005: 222-229), recreaciones virtuales de los paisajes prehistóricos y simulaciones de la incidencia de determinados fenómenos naturales.

Los análisis predictivos, además de su papel en los trabajos de gestión patrimonial, pueden contribuir a la ampliación de las pautas territoriales observadas en las unidades muestreadas sobre la totalidad de la región en estudio (Wescott y Brandon, 2000). Los SIG realizan esta tarea mediante la proyección sobre el terreno no analizado de las observaciones empíricas ya establecidas en el trabajo de campo (inducción) o a través de la aplicación de modelos teóricos (deducción).

En definitiva, dada la gran potencia de estos programas, su capacidad para almacenar y organizar información espacial, establecer cálculos geoestadísticos y mostrar presentaciones cartográficas atractivas, los SIG constituyen una herramienta muy útil y cada vez más necesaria para los arqueólogos interesados en el componente espacial de los grupos humanos del pasado. Sin embargo, éstos no

son más que una muestra de la tecnología informática actual, en constante avance para beneficio del usuario, y no constituyen por sí mismos una metodología de análisis espacial (como en ocasiones se parece sugerir). La construcción de un SIG siempre debe cimentarse sobre los modelos teóricos previos y, por tanto, ni su complejidad, ni su capacidad de gestión de datos, ni su elaborada cartografía pueden, por sí mismos, mostrar consistencia interpretativa o superar limitaciones analíticas al margen de las bases teóricas y metodológicas sobre las que se asientan.

6. CONCLUSIONES Y DISCUSIÓN.

La arqueología del paisaje aplicada a las sociedades de cazadores y recolectores prehistóricos, a pesar de contar con una trayectoria relativamente dilatada, sigue constituyendo una vía de investigación problemática en la que, ciertamente, aún no se han establecido las discusiones necesarias para proponer un marco consensuado de sus capacidades y limitaciones. En ocasiones incluso, como ejemplo de esa carencia de debate, se duda de la conveniencia de aplicar el concepto de paisaje al análisis regional de los grupos paleolíticos. A menudo contribuyen a esa indefinición la supuesta parcialidad de un registro que tiende a ser visto como incapacitado para resolver en profundidad determinadas cuestiones. Sin embargo, resulta tan desproporcionado e injusto infravalorar el estudio de los paisajes paleolíticos mediante su comparación con los de la Prehistoria reciente (donde la realidad arqueológica parece aportarnos datos suficientes para sustituir con confianza y sosiego el término espacio por el más humanizado de paisaje) como lo sería despreciar a estos últimos comparándolos con los espacios industriales contemporáneos (en los que el cúmulo de implicaciones sociales, económicas y culturales con la variable espacial es infinitamente más complejo) ¿Podría, quizás, un especialista en geografía humana argumentar que no existe paisaje fuera de su órbita de análisis? Este aspecto puramente terminológico no es más que la cabeza de una problemática de calado más hondo, que implica la propia percepción de lo que es y de lo que no es el estudio regional de los grupos paleolíticos.

De este modo, nos ha parecido conveniente dedicar unas páginas a exponer lo que consideramos el marco esencial de la aplicación territorial para este periodo: la prospección como instrumento básico de análisis, las particulares características de las sociedades móviles y, por tanto, el tipo de impronta espacial que cabe esperar de ellas y el concepto temporal de sincronía y diacronía que podemos aplicar en estas etapas de nuestra historia. Puesto que no todos los investigadores

valoran o entienden de igual modo estos apartados, es necesario entenderlos como un punto de partida personal y subjetivo de quien esto escribe. Sin embargo, semejantes cuestiones (y probablemente otras muchas que no han sido mencionadas) deberían permitir articular un discurso de base sobre lo que es factible hacer desde un punto de vista territorial con los datos propiciados por la prehistoria más remota y deberían constituir un marco de referencia para establecer una crítica moderada y justa que permita el desarrollo y crecimiento de los estudios de corte paisajístico aplicados a estos periodos.

Desde aquellos mapas de distribución utilizados por los primeros difusionistas hasta la trepidante tecnología de los SIG, hemos asistido a la sucesión de diversos recursos cartográficos y al nacimiento de diferentes formas de pensar las relaciones del ser humano con el paisaje en el que éste se desenvolvía en el pasado. Desde la arqueología científica hasta las corrientes post-procesuales, contamos con un buen puñado de planteamientos teóricos y metodológicos. Sin embargo, como hemos visto, no todos ellos han sido útiles o viables para el estudio territorial de los grupos depredadores de la Prehistoria. Aquí hemos expuesto algunos de los ejemplos que, a la luz de su presencia en las contribuciones científicas, más repetidamente han sido llevados al campo cronológico que estudiamos. Es posible que esa relación descompensada entre la oferta metodológica existente y la realmente aplicable al Paleolítico sea un indicador más de la urgente necesidad de planteamientos teóricos específicos que nos permitan pensar desde nuestro presente en el "territorio intelectual" en el que debemos y podemos situar el estudio de los paisajes de la Prehistoria más remota.

BIBLIOGRAFÍA:

ADAMS, W. Y. (2003): *Las raíces filosóficas de la antropología*, Trotta, Madrid.

ALDAY RUIZ, A. (2002): "Los últimos cazadores-recolectores de la Iberia interior: la alta-media Cuenca del Ebro y la Meseta norte", *Munibe*, 54.

ALDENDERFER, M. (1996): "Introduction". En (M. Aldenderfer y H. Maschner, eds.): *Anthropology, space, and geographic information systems*, Oxford University Press, Oxford.

ALDENDERFER, M. y MASCHNER, H., eds. (1996): *Anthropology, space, and geographic information systems*, Oxford University Press, Oxford.

- ARNÁIZ, M.A.** (1990): "Las ocupaciones de San Quirce de Río Pisuerga". Reflexiones sobre la utilización del espacio y sus implicaciones", *BSAA*, 56.
- BAENA, J.; BLASCO, C. y QUESADA, F.**, eds. (1997): *Los SIG y el análisis espacial en arqueología*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- BAILEY, G. N.** (1983): "Concepts of time in Quaternary Prehistory", *Annual Review of Anthropology*, 12.
- BANNING, E. B.** (2002): *Archaeological survey*, Kluwer/Plenum, Nueva York.
- BEDNARIK, R.** (1995): "Concept-mediated marking in the Lower Palaeolithic", *Current Anthropology*, 36.
- BERMÚDEZ DE CASTRO, J. M.; DÍEZ, C.; MOSQUERA, M.; NICOLÁS, E.; PÉREZ, A.; RODRÍGUEZ, J. y SÁNCHEZ, A.** (1995): "El nicho ecológico de los homínidos del Pleistoceno medio de Atapuerca", *Complutum*, 6.
- BERNARD-GUELLE, S.** (2005): "Territoires et mobilité des groupes moustériens en Vercors: analyse et discussion", *L'Anthropologie*, 109.
- BERTALANFFY, L.** (1976): *Teoría General de Sistemas*, Fondo de Cultura Económica, México.
- BETTINGER, R.** (1991): *Hunter-gatherers. Archaeological and evolutionary theory*, Plenum Press, Nueva York.
- BINFORD, L.** (1965): "Archaeological systematics and the study of culture process", *American Antiquity*, 31.
- (1981): *Bones: ancient men, modern myths*, Academic Press, Nueva York.
- (1980): "Willow smoke and dog's tails: hunter-gatherer settlement systems and archaeological site formation", *American Antiquity*, 45.
- (2001): *Constructing frames of reference*, University of California Press, Berkeley.

- BINFORD, S. y BINFORD, L.** (1968): *New perspectives in archaeology*, Aldine, Chicago.
- BLUMENSCHINE, R. y MASAO, F.** (1991): "Living sites at Olduvai Gorge, Tanzania? Preliminary landscape archaeology results in the basal Bed II lake margin zone", *Journal of Human Evolution*, 21.
- BOAZ, J. y ULEBERG, E.** (2000): "Quantifying the non-quantifiable: studying hunter-gatherer landscapes", En (G. Lock, ed.): *Beyond the map*. IOS Press, Amsterdam.
- BOLSTAD, P.** (2002): *GIS fundamentals*, Eider Press, White Bear Lake.
- BORDES, F.; RIGAUD, J. y SONNEVILLE-BORDES, D.** (1972) : "Des buts, problèmes et limites de l'archéologie paléolithique", *Quaternaria*, 16.
- BRADFORD, J. S.** (1980): *Ancient landscapes. Studies in Field Archaeology*, Greengood Press Reprint, Westport.
- BRAUDEL, F.** (1991): *Escritos sobre la historia*, Alianza Editorial, Madrid.
- BUREL, F. y BAUDRY, J.** (2002): *Ecología del paisaje*, Ediciones Mundi-Prensa, Madrid.
- BUTZER, K.** (1989): *Arqueología, una ecología del hombre*, Bellaterra, Barcelona.
- CARBONELL, E.; MARTÍNEZ, J.; MORA, R. y MURO, I.** (1986): "Conceptos básicos en el análisis espacial", *Arqueología espacial*, 7.
- CARLOS IZQUIERDO, J. de** (1992): *La arqueogeografía. Un procedimiento para el estudio del espacio prehistórico*, Colección Tesis Doctorales, UCM, Madrid.
- CARLSON, J.** (1979): *Hunter-gatherer mobility strategies: an example from the Koster site in the Lower Illinois Valley*, Tesis doctoral inédita. Northwestern University, Evanston.

CASTAÑEDA FERNÁNDEZ, V. (2000): "Las bandas de cazadores-recolectores portadoras del tecnocomplejo solutrense en el suroeste de la Península ibérica. La articulación social del territorio", *SPAL* 9.

CHISHOLM, M. (1979): *Rural settlement and land-use. An essay in location*, Hutchinson, Londres.

CLARKE, D.L. (1977): *Spatial archaeology*, Academic Press, Londres.

- (1984): *Arqueología analítica*, Bellaterra, Barcelona.

CLELAND, C. (1966): *The Prehistoric animal ecology and ethnozoology*, Anthropological Papers, 29. Michigan.

CRIADO BOADO, F. (1989): "Megalitos, espacio, pensamiento", *Trabajos de Prehistoria*, 46.

- (1999): *Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la arqueología del paisaje*, CAPA, 6, Universidad de Santiago de Compostela.

DAVIDSON, I. y BAILEY, G. (1984): "Los yacimientos, sus territorios de explotación y la topografía", *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, II.

DIEZ MARTÍN, F. (1997): "Reflexiones sobre la arqueología superficial. Valoración de su problemática y utilidad potencial en los yacimientos paleolíticos de la Meseta", *BSAA*, 63.

- (1998): "La industria lítica del yacimiento de Tovilla (Tudela de Duero, Valladolid). Un nuevo ejemplo de achelense meseteño en medio fluvial", *BSAA*, 64.

- (1999): "Observaciones sobre la incidencia del laboreo agrícola en los agregados líticos: el experimento de Las Cuestas (Tudela de Duero, Valladolid)", *BSAA*, 65.

- (2000): *El poblamiento paleolítico en los páramos del Duero*, *Studia Archaeologica*, 90, Valladolid.

- (2003): "Las alteraciones inducidas por el laboreo agrícola. La influencia del movimiento vertical en los yacimientos paleolíticos de los páramos de Montemayor-Corcós (Valladolid y Burgos)", *Zephyrus*, 56:

DIEZ MARTÍN, F. y SÁNCHEZ YUSTOS, P. (2005): "Asentamientos paleolíticos en los páramos de la Meseta norte española. Hacia la construcción de un modelo predictivo de territorialidad en la Cuenca del Duero", *Actas do IV Congresso de Arqueologia Peninsular, Faro*, 2004:

DOMÍNGUEZ-RODRIGO, M.; ALCALÁ, L.; LUQUE, L. y SERRALLONGA, J. (2005): "Quelques aperçus sur les significations paléoécologique et comportementale des sites oldowayens anciens et acheuléens du Peninj", En (M. Sahnouni, ed.) : *Le Paléolithique en Afrique. L'histoire la plus longue*. Éditions ArtCom', París.

DUNNELL, R. (1992): "The notion site". En (J. Rossignol y L. Wandsnider, eds.): *Space, time, and archaeological landscape*, Plenum, Nueva York.

EBERT, J. (1992): *Distributional archaeology*, University of Utah Press, Salt Lake City.

FÉBLOT-AUGUSTINS, J. (1997): *La circulation des matières premières au Paléolithique*, Études et Recherches Archéologiques de l'Université de Liège, Lieja.

FOLEY, R. (1981): "A model of regional archaeological structure", *Proceedings of the Prehistoric Society*, 47.

GAMBLE, C. (1996): "Making tracks. Hominid networks and the evolution of the social landscape", En (J. Steele y S. Shennan, eds.): *The archaeology of human ancestry*, Routledge, Londres.

- (1990): *El poblamiento paleolítico de Europa*, Crítica, Barcelona.

- (2001): *Las sociedades paleolíticas de Europa*, Ariel Prehistoria, Barcelona.

GARCÍA SANJUÁN, L. (2005): *Introducción al reconocimiento y análisis arqueológico del territorio*, Ariel Prehistoria, Barcelona.

- GENESTE, J-M.** (1991): "L'approvisionnement en matières premières dans les systèmes de production lithique: la dimension spatiale de la technologie", *Treballs d'Arqueologia*, 1.
- GILMAN, A. y THORNES, J.** (1985): *Land use and Prehistory in South East Spain*, London Research Series in Geography, 8, Londres.
- GONZÁLEZ, P. y PICAZO GURINA, M.** (1998): *El tiempo en arqueología*, Arco Libros, Madrid.
- GOSDEN, C.** (1994): *Social being and time*, Blackwell, Oxford.
- GRAU MIRA, I.**, ed. (2006): *La aplicación de los SIG en la arqueología del paisaje*, Servicio de Publicaciones, Universidad de Alicante.
- GROUBE, L.** (1981): "Black holes in British Prehistory: the analysis of settlement distributions", En (I. Hodder, G. Isaac y N. Hammond, eds): *Pattern of the past*, Cambridge University Press, Cambridge.
- HAGGET, P.** (1976): *Análisis locacional en la Geografía Humana*, Gustavo Gili, Barcelona.
- HARDESTY, D.** (1983): *Antropología ecológica*, Bellaterra, Barcelona.
- HAYDEN, B.** (1989): "From chopper to Celt: the evolution of resharpening techniques". En (R. Torrence, ed.): *Time, energy and stone tools*, Cambridge University Press, Cambridge.
- HIGGS, E. y VITTA-FINCI, C.** (1970): "Prehistoric economy in the Mount Carmel area of Palestine: Site-Catchment analysis", *Proceedings of the Prehistoric Society*, 36.
- HIGGS, E.; VITA-FINZI, C.; HARRIS, D. y FAGG, A** (1967): "The climate, environment and industries of Stone Age Greece. Part III", *Proceedings of the Prehistoric Society*, 33.
- HODDER, I. y ORTON, C.** (1990): *Análisis espacial en arqueología*, Crítica, Barcelona.

- HOSFIELD, R.** (1999): *The Palaeolithic of the Hampshire basin*, BAR, British Series 286, Oxford.
- INGOLD, T.** (2005): *The perception of the environment*, Routledge, Londres.
- ISAAC, G.** (1971): "The diet of early man: aspects of archaeological evidence from Lower and Middle Pleistocene sites in Africa", *World Archaeology*, 2.
- (1981): "Stone Age visiting cards: approaches to the study of early land-use patterns". En (I. Hodder, G. Isaac y N. Hammond, eds): *Pattern of the past*, Cambridge University Press, Cambridge.
- JARMAN, M.** (1972): "A territorial model for archaeology: a behavioural and geographical approach", En (D. Clarke, ed.): *Models in archaeology*. Methuen & Co., Londres.
- JOCHIM, M.** (1998): *A hunter-gatherer landscape*, Plenum Press, Nueva York.
- JONES, E. L.** (2007): "Subsistence change, landscape use, and changing site elevation at the Pleistocene-Holocene transition in the Dordogne of southwestern France", *Journal of Archaeological Science*, 34.
- KARLSSON, H.**, ed. (2001): *It's about time. The concept of time in archaeology*, Bricoleur Press, Göteborg.
- KELLY, R.** (1992): "Mobility/sedentism: concepts, archaeological measures and effects", *Annual Review of Anthropology*, 21.
- LEE, R.** (1976): "!Kung spatial organization: an ecological and historical perspective", En (Lee, R. y DeVore, I., eds.): *Kalahari hunter-gatherers*. Harvard University Press, Cambridge.
- LEWARCH, D. y O'BRIEN, M.** (1981): "The expanding role of surface assemblages in archaeological research", *Advances in Archaeological Method and Theory*, 4.
- LOCK, G.**, ed. (2000): *Beyond the map*, IOS Press, Amsterdam.

- LOCK, G. y STANCIC, Z.**, eds. (1995): *Archaeology and Geographic Information Systems: A European perspective*, Taylor & Francis, Londres.
- LONGLEY, P.; GOODCHILD, M.; MAGUIRE, D. y RHIND, D.** (2003): *Geographic Information Systems and Science*, Wiley, Chichester.
- MARLOWE, F.** (2005): "Hunter-gatherers and human evolution", *Evolutionary Anthropology*, 14.
- MARTÍN BENITO, J. I.** (2000): *El achelense en la Cuenca media occidental del Duero*, C.E.B. Ledo del Pozo e I.E.Z. Florián de Ocampo, Salamanca.
- MARTÍN BLANCO, P.; JIMÉNEZ, A.; SANGUINO, J. y GÓMEZ, A.** (1994): "Identificación de cadenas operativas líticas en el sitio arqueológico de Casa de la Mina II (Argamasilla de Alba, Ciudad Real). Consideraciones acerca de los yacimientos superficiales sin contexto estratigráfico", *Zephyrus*, 47.
- MASCHNER, H.**, ed. (1996): *New methods, old problems. GIS in modern archaeological research*, Southern Illinois University, Carbondale.
- MITHEN, S.** (1998): *Arqueología de la mente*, Grijalbo Mondadori, Barcelona.
- MOCHALES SAN VICENTE, R.** (1997): "El asentamiento musteriense en el territorio valenciano", *Archivo de Prehistoria Levantina*, 22.
- MONCEL, M-H.** (2003): *L'exploitation de l'espace et la mobilité des groupes humains au travers des assemblages lithiques à la fin du Pléistocène moyen et au début du Pléistocène supérieur*, BAR, International Series 1184. Oxford.
- MUSONDA, F.** (1991): "The significance of modern hunter-gatherers in the study of early hominid behaviour", En (R. Foley, ed.): *The origins of human behaviour*. Routledge, Londres.
- NELSON, M.** (1991): "The study of technological organization", *Advances in Archaeological Method and Theory*, 3.

OREJAS, A. (1995a): "Arqueología del paisaje: de la reflexión a la planificación", *AEspA*, 68.

- (1995b): *Del marco geográfico a la Arqueología del paisaje*, Monografías, 15, CSIC, Madrid.

PANTER-BRICK, C.; Rowley-Conwy, P. y Layton, R., eds. (2001): *Hunter-gatherers: an interdisciplinary perspective*, Cambridge University Press, Cambridge.

PETTITT, P.B. (1995): "The Mousterian debate and the Middle Palaeolithic variability: time please, ladies and gentlemen", En (A.J. Schofield, ed.): *Lithics in context*, Lithic Studies Society Occasional Papers 5, Londres.

POLITIS, G. (1996): "Moving to produce: Nunak mobility and settlement patterns in Amazonia", En (P. Rowley-Conwy, ed.): *Hunter-gatherer land use, World Archaeology*, 27.

POTTS, R.; BEHRENSMEYER, A. y DITCHFIELD, P. (1999): "Paleolandscape variation and Early Pleistocene hominid activities: Members 1 and 7, Olorgesailie Formation, Kenya", *Journal of Human Evolution*, 37.

RADCLIFFE-BROWN, A. (1952): *Structure and function in primitive society*, Cohen & West, Londres.

RAMENOFSKY, A. F. (1998): "The illusion of time". En (A. P. Sullivan, ed.): *Surface archaeology*, University of New Mexico Press, Albuquerque.

REED, K. (1997): "Early hominid evolution and ecological change through the African Plio-Pleistocene", *Journal of Human Evolution*, 32.

ROCKMAN, M. y STEELE, J., eds. (2003): *Colonization of unfamiliar landscapes*, Routledge, Londres.

ROE, D. (1981): *The Lower and Middle Palaeolithic periods in Britain*, Routledge, Londres.

- ROGERS, M.** (1997): *A landscape archaeological study at East Turkana, Kenya*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Nueva Jersey, Rutgers.
- ROPER, D.** (1979): "The method and theory of site catchment analysis: a review", *Advances in Archaeological Method and Theory*, 2.
- ROSE, L. y MARSHALL, F.** (1996): "Meat eating, hominid sociality and home bases revisited", *Current Anthropology*, 37.
- RUIZ ZAPATERO, G. y BURILLO, F.** (1988): "Metodología para la investigación en arqueología territorial", *Munibe*, 6.
- SANTONJA, M.** (1991-1992): "Los últimos diez años en la investigación del Paleolítico inferior de la Cuenca del Duero", *Veleia*, 8-9.
- (1995): "El Paleolítico inferior en la Submeseta norte y en el entorno de Atapuerca. Balance de los conocimientos en 1992", *Actas del Congreso Evolución Humana y los yacimientos de Atapuerca*, Medina del Campo, 1995, Junta de Castilla y León, Valladolid.
- SANTONJA, M. y PÉREZ-GONZÁLEZ, A.** (2000-01): "El Paleolítico inferior en el interior de la Península ibérica. Un punto de vista desde la geoarqueología", *Zephyrus* 53-54.
- SERNA LÓPEZ, J. L.** (1997): "Consideraciones sobre economía y ocupación del territorio durante la Prehistoria inicial. El caso de los yacimientos paleolíticos y epipaleolíticos de la Cuenca del río Mundo", *Archivo de Prehistoria Levantina*, 22.
- SCHOFIELD, A.** (1995): "Settlement mobility and la longue durée: towards a context for surface lithic material", En (A.J. Schofield, ed.): *Lithics in context*. Lithic Studies Society Occasional Papers 5, Londres.
- STERN, N.** (1993): "The structure of the Lower Pleistocene archaeological record", *Current Anthropology*, 43.

- (1994): "The implications of time-averaging for reconstructing the land-use patterns of early tool-using hominids", En (J. Oliver, N. Ssikes y K. Stewart, eds.): *Early hominid behavioural ecology*, Academic Press, Londres.

SULLIVAN, A. P., ed. (1998): *Surface archaeology*, University of New Mexico Press, Albuquerque.

TARRIÑO VINAGRE, A. (2006): *El sílex en la Cuenca Vasco-Cantábrica y Pirineo navarro*. Museo Nacional y Centro de Investigación de Altamira, Monografías, 21, Madrid.

THOMAS, D. (1975): "Nonsite sampling in Archaeology: up the creek without a site?", En (J. Meuller, ed.): *Archaeological Sampling*. University of Arizona Press, Tucson.

THOMAS, J. (2001): "Archaeologies of place and landscape". En (I. Hodder, ed.): *Archaeological theory today*, Polity, Cambridge.

TILLEY, C. (1994): *A phenomenology of landscape*, Berg, Oxford.

TRIGGER, B. (1992): *Historia del pensamiento arqueológico*, Crítica, Barcelona.

TURO, A. (2000): *Le Paléolithique inférieur et moyen entre Dordogne et Lot*, Paléo, supplément 2. París.

WALLACE, I. y SHEA, J. (2006): "Mobility patterns and core technologies in the Middle Palaeolithic of the Levant", *Journal of Archaeological Science*, 33.

WESCOTT, K. y BRANDON, J., eds. (2000): *Practical applications of GIS for archaeologists*, Taylor & Francis, Londres.

WILSON, P. (1988): *The domestication of the human species*, Yale University Press, New Haven.

WHEATLEY, D. y GILLINGS, M., eds. (2002): *Spatial technology and archaeology*, Taylor & Francis, Londres.

